


SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
VE
RI
TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XVI

PÁGINAS ÍNTIMAS

CRÓNICAS. — PRIMERA SERIE

Prólogo inédito de Antonio Zozaya.

MADRID
RÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTÍNEZ
Correo, 4. — Teléfono 791.
1905

PAGINAS ÍNTIMAS

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I —*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón*. *Milord.* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas.* Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V —*Impresiones de viaje.*—*La carta verde. La doncella práctica.* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania.*—*El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VII.—*La señora del* 13. (Novela).—*Cnentos alegres.* 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París.* 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo.* (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cavia. 3 pesetas en Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios*. (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres*.—(Apuntes de tiempo), 3 Pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas*. (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas*. (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos*. (Semblanzas varias. Primera serie) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá* (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XV.—*Poesías festivas*.—*Chistes y anécdotas*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas*. (Crónicas -primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XVI

PÁGINAS ÍNTIMAS

CRÓNICAS. — PRIMERA SERIE

Prólogo inédito de Antonio Zozaya.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4. — Teléfono 791.
1905

Prólogo.

I

FLOR de cáctus, espléndida al alba, á la tarde marchita; polvo impalpable, áureo y luminoso en el rayo de sol, invisible y deshecho al crepúsculo; nube teñida de ópalos y turquesas, disuelta y apagada en la obscura inmensidad de la noche; á todo eso ha podido compararse la *Crónica*. Escrita para reflejar pensamientos y sensaciones de un día, en ese mismo día debe morir. Pero lo que tiene su existencia de efímera, tiene de intensa; en ella fulgen todas las vivas irisaciones del moderno pensar; laten en ella todas las palpitaciones de la conciencia colectiva y, deslumbrados por el rastro que deja, cuando la forma la mano del genio, nos preguntamos atónitos y admirados si aquel surco de luz que se enciende, cruza el espacio y va á caer en el infinito del tiempo, es un poco de gas que se descompone ó un mundo que pasa.

¡Escribir para un día! ¿Pero quién puede lisonjearse de esculpir en el mármol pentélico de los siglos, que al cabo no son sino días fugaces en la eternidad sideral? Llegado el crepúsculo, tanto importa haber vivido el glorioso día de Homero, como la hora fugaz de Empédocles. Haber vivido bien; eso es lo que importa, para que, cuando pongamos la planta en el temeroso umbral de las sombras, podamos con orgullo decir: *Nec me vixisse penitet*. No me pesa de haber vivido.

Mas ¡cuán erróneo es el juicio de los hombres al medir la importancia y la vitalidad de las propias obras! Tal, que juzga hablar para que una posteridad suspensa escuche, graba ya sobre pétalos marchitos las divagaciones de sus infolios. Tal otro que dicta á su modestia las humildes palabras, que él juzga balbuceos, despierta en las inteligencias vibraciones y ritmos, embriones de sentimientos y gérmenes de ideas, que han de repercutir los acantilados de las centurias. Para ello tan solo una condición es precisa: llevar dentro el Parnaso; es decir, esa sanción ética, la de la propia conciencia, dentro de la cual, como decía Milton, cada cual lleva oculto su cielo y su infierno.

Así las *Crónicas* pueden serlo todo: ñaques bizarros, en que todo se mezcla sin afinidad y se resuelve sin justo destino ó sibil oloroso de que saca siempre el espíritu selecto sus reservas aromatizadas y sus frutos fragantes. Sus párrafos breves pueden ser vagas sonoridades pulcras; pero, si es el

poeta ó el pensador quien habla, son siempre escondidas grandezas: Césares que se envuelven en la rasgada túnica de Crisipo; centenes que parecen tarines, perlas que semejan burbujas, pétalos desgajados que se nos antojan vedejas, hasta que, al pasar nos perfuman y en rápida visión, que nos causa el espasmo de lo sublime, nos dejan adivinar sus frescas tersuras impalpables.

Un escritor insigne, haciendo constar como en el periodismo, á semejanza de la clásica Psiquis, el pensamiento nuevo mariposea, dice que en las columnas de los diarios todo hay que hacerlo *al vuelo,* como la niña de la dolora. Pero ese vuelo puede ser el torpe y tardo de la palmípeda, ó el poderoso y firme del águila; el ráudo y seguro de la gaviota ó el atolondrado y gentil del jilguero. Cabe arrastrarse sobre la tierra ó elevarse sobre la majestad de las cumbres; pasar rozando con las alas las líquidas superficies tranquilas, ó alzarse, reflejando la luz del amanecer, los primeros rayos del sol como un nimbo sobre la augusta soledad de los mares.

Ese gran cronista á quien todos lloramos, ese Blasco inmortal á cuyas páginas preceden mis pálidas líneas, como al prelado el pertiguero, ese escritor genial, piadoso, humano, que acertó á pulsar todas las cuerdas y recorrer los pentágramas todos, supo volar muy alto; tan alto, que mi pluma no puede narrar sus ascensiones ni mi pobre inventiva describir la excelsa región de sus aleteos.

II

No he de hablar sino del cronista, puesto que, con el nombre de *Crónicas* se han insertado en este volumen esas palacras de oro halladas en el fondo de la obscura labor multipersonal que aparece y circula en la forma de hoja diaria.

Hablar del poeta, ¿para qué? ¿No sabéis de memoria sus *Soledades?* ¿No habéis reido y llorado recitando sus últimos versos? ¿No habéis reverenciado á ese Van-Dick del ritmo y la cadencia, que parecía, como el pintor de reyes, vestirse de etiqueta para producir sus obras sublimes? Aplaudir al autor dramático ¿á qué bueno? ¿No resuena todavía y doquier el aplauso de los públicos embelesados? ¿Qué nuevo soplo vivificante llevar á esa aura popular que orea su grata memoria y que durante medio siglo ha cantado las estrofas de su ingenio, siempre fresco, siempre gentil, perdurable y firmemente nuevo? Volved el recuerdo al pasado y decidme si al borde mismo de la cuna no habéis oído un verso, una canción, de este hombre prodigioso, no habéis aspirado el olor de una flor silvestre arrancada al jardín de su inmensa facundia; y decidme después si ya, cuando vuestras sienes comenzaron á blanquear, no llamó á vuestro corazón alguna vez con guantelete de hierro haciéndoos sentir el odio á la injusticia, el culto á la pasión, el amor á la patria ó el ansia eterna de lo Absoluto.

Sí, poeta y poeta altísimo. Honradle, como ordena el endecasílabo hermoso italiano. Si encontrasteis á vuestro paso por la vida, campanillas azules, y rosas lujuriosas y nardos de mística blancura y encendidos claveles y lánguidos nenúfares y tristes y melancólicas adelfas, echadas allí por su mano, devolved todos á la piadosa tierra que le cubre una sola siquiera de aquellas flores.

Cronista, huyó siempre Blasco de las enojosas abrupteces del pensamiento metafísico. Como Anatole France, jamás se preguntó si la tierra es pequeña ó grande. Bastante grande es, puesto que en ella se sufre; bastante grande es, puesto que en ella se ama. Huyó siempre de lo enfadoso, lo estéril, lo alambicado, lo conceptuoso. Su alma era siempre vibrátil, juvenil, jugosa, fresca. Y así prefirió, ser llamado frívolo á manchar la nitidez de su piel de armiño. Viviendo como Blasco vivía, no le hubiera sido difícil obtener de los aduladores el *¡pulchre, bene, recte!* horaciano. El coro, apasionado de las cosas estupendas y aparatosas no siempre celebra el *dapes mensae brevis*. Sin embargo, esa sobriedad, es la que Schopenhauer celebra como la belleza mayor conque puede galardonearse el talento. ¡Cuán lejos estaba el maestro de las peroratas de esos periodistas enfatuados que pretenden nombrarse á sí mismos cachicanes de la cultura popular y de esa literatura repulsiva y soez, máncer del envilecimiento y la grosería!

En su prosa floriferante, pero sencilla, ingénua,

concisa y alegre, con el regocijo prieto de las cosas vivas y sanas, lo primero que se admiraba era la facilidad, esa facilidad que á tantos ha desesperado después, esa sencillez inimitable, porque es la sencillez cristalina del agua que fluye á raudales del manantial:

Se le ha reprochado su inconstancia, la facilidad con que trocaha uno por otro sus puntos de vista; como si no fuera la realidad prisma de caras infinitas, como si ella no revelara la facilidad conque reaccionaba, como pide Ribot, sobre la totalidad de sus estados de conciencia. Era, pues, un *voluntarioso justo*. No busquéis en él al adocenado Quijano el bueno. Buscad siempre al enamorado de la idealidad, que podrá rodar por el suelo maltrecho, pero no sin acometer vestiglos, enderezar entuertos, libertar galeotes y destrozar artificiosos retablos.

Sus virtudes no podían ser aquellas que se encierran en pauta, que se estrechan en moldes, que se miden por reglas, condenadas por vulgares y necias desde la clarividente *Moral á Nicomaco*. No tuvo virtudes pequeñas; afrontó con serenidad jovial el resquemo de las críticas acres con tal de beber en su vaso, en que siempre acertó á desleir la perla irisada de la belleza. Su carácter complejo hubiera desconcertado á Taine y aun al perspicaz y fino Sainte Beuve. Era... como era. Pero en el arte, ¡feliz quien puede decir con el pastor sublime: *Ego sum qui sum!* No puede haber grandeza donde no hay personalidad.

Blasco periodista es alegre, es un regocijado, pero es un terrible demoledor. Bajo la máscara alegre de Banville, está la implacabilidad de Sarcey. Esto en cuanto á la crítica de arte. En lo social, á las veces, con una sola y puzante ironía hacia derrumbarse los jericós más altos, fuertes é inexpugnables. Tan artista como el llorado y sublime *Fernanflor*, sentía las ansias redentoras de nuestro tiempo y, bajo su aparente frivolidad, guardaba su espada fulmínea, su azada de obrero y aun, á las veces, su daga de sectario.

¿Cuántas crónicas escribió? ¿Cien? ¿Mil? ¿Diez mil? Nadie lo sabe. La pluma se movía con rapidez vertiginosa; apoyada en la mano su frente dolorida, fluían á raudales de su cerebro las bellezas, las verdades, los aciertos. Y después, cuando todos al contemplarlas sonreían, él abría sus ojos enormes, soñadores, interrogantes, como asombrado de que las gentes alabasen lo que á él le costaba tan insignificante trabajo hacer.

Fué un luchador, incansable, tenaz. A su lado sentíamos los más jóvenes que él la fatiga, el pesar de la emulación imposible. Con una frase cariñosa nos estimulaba de nuevo; era el ejemplo vivo de lo que puede una voluntad, con sólo que tenga á su servicio un cerebro potente y una red erectiva de nervios.

Durarán esas *Crónicas*, porque son sinceras, porque son fáciles, porque tienen olor á cosas nuevas, á brotes, á gérmenes, á nidos, á tallos que sur-

jen, á aguas que corren, á madrugadas tibias que se alumbran y á plumajes que se desperezan. Ellas solas hubieran bastado á procurar á su autor la aureola que circunda á quien sabe realizar las tres cosas deseadas para quien ha de dirigir la palabra á sus semejantes: pensar alto, sentir hondo, y, sobre todo: hablar claro.

III

Imposiciones del deber, estímulos de admiración y entusiasmo, requerimientos de la amistad, me hicieron escribir este prólogo. Y ahora que voy á darle de mano, veo con tristeza que nada he dicho, que nada he apuntado, que nada he escrito de lo que era Blasco en el periodismo, de lo que representa su constante labor, de lo que son sus crónicas. Ante la magnitud del bloque he dejado caer el cincel; ante la belleza de lo analizado, olvidé torpemente el análisis. Pero, mientras la piedad filial los recoja, y la noble magnificencia los ampare y la pública admiración los consagre, hablarán sus trabajos por mi. Y han de hablar mucho tiempo; porque Blasco hace auroras que ha muerto; yo mismo he acompañado sus restos, con las lágrimas en los ojos y la angustia opresora en la garganta, á través de los húmedos patios cubiertos de yedras, por las galerías solitarias, musgosas y frías. Ha muer-

to, es verdad; ha espirado en la tierra; pero allí donde el pensamtento se cierne y donde se elabora el futuro progreso; allí donde una inteligencia es capaz de admirar lo pensado y un corazón de sentir lo vivido; allí donde la belleza tiene su templo y su alcazar la inmortalidad, allí Blasco alienta, vive, perdura.

ANTONIO ZOZAYA

Madrid 1.º de Abril de 1905.

Zaragoza.

NOMBRE venerado, ciudad inmortal, cuna sagrada mía, con qué persistente nostalgia te recuerdo á todas horas, en todas partes, hace cuarenta años.....

¡Cuarenta años!

Van á cumplirse dentro de pocos días los ocho lustros que hace que salí de tus muros, pero no he perdido nada de lo que tú me diste, ni el acento siquiera, que aragonés he sido en Madrid y en París, y en Viena y en Roma, siempre con mi Virgen en el pecho, mi tenacidad en el carácter, mi sinceridad en el alma.

¡Zaragoza! La recuerdo tal y como era entonces, y aunque al volver á verla la encuentre mejorada, más grande, más próspera, más moderna, para mí la ciudad nativa será siempre *aquélla*, con sus calles estrechas por donde nos perdíamos los estudiantes cuando hacíamos

marro; con sus *maderos del Pilar,* trinchera de las grandes pedreas; el cabezo de Buenavista, desde donde se ve la ciudad adorada, las torres del venerando templo.....



¡Qué de cosas han sucedido desde entonces!

Zaragoza ha presenciado revoluciones, caídas de instituciones seculares, epidemias, fiestas magníficas, y sus hijos han tomado activa parte en todos los acontecimientos, probando siempre dos cosas que les distinguen de todo el resto de España: su valor y su buen sentido.

Cuando los demás españoles están todavía pensando lo que han de hacer para resolver un conflicto, para tomar una iniciativa, los zaragozanos lo han hecho ya, tan rápidos en la concepción como en la ejecución, enemigos siempre de la ingerencia oficial en sus cosas. Ellos saben que no necesitan á nadie para hacer lo que deban, y lo hacen. El carácter y la raza son los mismos de hace un siglo: pocas palabras y acción decidida. ¿Se alza España en radical movimiento por la República? Ellos son los primeros en iniciarlo y los últimos en rendirse en las calles, asombrando á los soldados, presentando el pecho á los cañones. ¿Diezma el cólera la ciudad? Los zaragozanos rechazan todo apoyo y

socorro del Gobierno; las autoridades no tienen que hacer nada: ellos se encargan de asistir á los coléricos, establecer hospitales, luchar con la muerte, y por la noche, rendidos de sus obras de caridad, á cantar la jota.

*
* *

¡La jota!

Ese es el verdadero himno nacional, la música española por excelencia. Con la jota lo hemos hecho todo: la guerra, el amor, las revoluciones y las restauraciones, la adhesión y la protesta. Cuando los reyes pasan por allí, la marcha real es el saludo que les hacen clérigos y soldados, funcionarios y Ayuntamientos. Para probar que se les quiere, para que ellos sepan si son queridos, es preciso que oigan la jota debajo de sus balcones, esa que en las noches de luna suena á la puerta de las torres ó tras las bardas de las parideras, la misma que nos cantaba la madre cuando éramos niños y que se repite mil veces en el baile de candil que presiden los viejos. Soleares, polos, peteneras, muñeiras, zortzicos, son cantos tristes, impregnados aún de la árabe melancolía. La jota es almogábar, es á la vez viril y alegre, es nuestra propia vida, tan indispensable á nuestro sér como el viento aquel que desde la infancia nos curte para la vida, como

el ruido del Ebro desde el puente de Piedra, como el culto incesante, inevitable, arraigado en nuestras almas, ya vivamos cerca ó lejos del Coso, de nuestra Virgen, de la Santa Patrona.....

* * *

Viajaba el marqués de Ayerbe por Suecia y Noruega. Iba embarcado, y desde el pie de la escotilla le preguntó al criado, que estaba en el puente:

—¿Qué tiempo hace?

—Póngase el señor marqués el gabán, que corre aire de Moncayo.

¡Aire de Moncayo..... en Suecia! Parece un disparate..... y no lo es; porque donde quiera que estemos, en cualquier parte del mundo en que vivamos, llevamos dentro de nuestro sér el són de la jota, el viento de la tierra, la imagen de la Virgen, todo lo que otros pueblos olvidan con el tiempo y con la distancia. Nosotros no.



¡Cuántas veces se han reído de mí, amigos y compañeros que no creen en nada, de este culto fervoroso de la Virgen del Pilar, que no me arrancará nadie más que la muerte!

En los periódicos republicanos y radicales, en las revistas ateas, en mil conversaciones particulares, estos compañeros y amigos, cuyo ateísmo respeto yo, porque cada cual es dueño de su criterio, protestan de la que llaman nuestra idolatría. Podrá parecerlo, pero no desaparecerá. Mientras haya Zaragoza y zaragozanos, Aragón y aragoneses, esa Virgen será nuestro eterno pensamiento, nuestro constante rezo, nuestra incesante esperanza, nuestra bandera en las grandes batallas, nuestro consuelo en las grandes penas. La Virgen del Pilar es el soberano eternamente reinante de nuestra tierra, y ante él con ciega sumisión se postran todos los que llevan en sus venas sangre aragonesa. Toda la ciencia humana y toda la indiferencia religiosa que en estos momentos quiere imponerse á España, se estrellarán siempre en aquel hermoso rincón de España que se llama Zaragoza la inmortal, Zaragoza la heroica, y la última fortaleza que á la Religión le quede será aquel templo en donde se guarda la imagen más visitada del mundo. No se destruyen en un día creencias de tantos siglos. No hay bombas que destruyan templos como aquél. Unas y otro vivirán tanto como España.

Y todo esto lo he pensado yo en mis largas ausencias que no modificaron mi modo de ser, porque es de ánimos chicos y de caracteres frívolos dejarse influir por el medio ambiente

en que se vive. El cazador cuando vuelve á su casa rendido y se acuesta en su blando lecho, observa que todo en su redor huele y trasciende á tomillo y cantueso, y es el aroma que trajo en las suelas de sus zapatos. Así yo, en mis noches de ensueños constantes, aspiraba aquellos aromas que nunca se disipan, y oía las jotas de la infancia, el viento de Santa Engracia, el rumor del santo río, el coro de los infanticos del Pilar en la misa primera....., y hacía al despertar versos y versos para mí sólo, cantando los amores eternos....

Santos, puros amores,
que no extinguen ni el tiempo ni los años,
dulcísimos fervores
que comprender no pueden los extraños.

Al sonar medio día,
sintiendo el alma desbordar del pecho,
ante la Virgen mía,
cuya imagen clavé sobre mi lecho,

me postro y la bendigo,
fijos en ella los humildes ojos,
y en soledad le digo
en íntima oración, puesto de hinojos:

¡Oh, madre de los míos,
de mi padre Aragón sacra bandera!
Tu fe me infunde bríos,
tu culto es mi sostén, mi vida entera.

Protege mis labores,
inspira mis cantares;
alma de mis amores,
sé fiel guardián de mis honrados lares,

y dame en recompensa
de tanto amor y fe, Madre y Señora,
el solo bien que piensa
lograr por tí quien á tus pies te adora:

Morir donde lo piden
la fe y el culto de mi edad primera;
¡un hoyo en paz que mis paisanos cuiden
junto á la Virgen que Aragón venera!

—¿Cómo quisiera usted morir? le preguntaban á un amigo mío en Bruselas. ¿De repente, de una enfermedad del corazón, de un accidente? Hasta en la muerte hay caprichos y preferencias.

Y mi paisano contestó como yo hubiera contestado:

—¡Yo quiero morir... en Zaragoza!

12 Octubre de 1901.

De vuelta.

Á MADAME ADAM

Ya olvidado de muchos usos, costumbres, sonidos y colores de esta madre España cuyos gritos de guerra me traen á su seno, venía yo, llena la cabeza de ideas y puntos de vista modernos, que aún no han pasado la frontera. Así, pues, la impresión primera fué la de un viajero, no la de un compatriota.

¡Qué alegría, qué sacudimiento nervioso de placer al ver las primeras caras pálidas, los primeros ojos brillantes, los primeros rayos del sol de la patria! Ya cesó aquel silencio de la buena educación para dejar paso á los gritos 'e la expansión y de la franqueza. Guitarras, oces, cantos populares, saludos, conversación eneral, el tren lleno de compatriotas que pa-ecen una familia... ¡Oh, patria! ¡Salud! Llego

precisamente en el momento en que de todas partes se levanta un clamoreo general que repite: ¡Viva Españaaa!

El cielo es más azúl, el sol brilla más, las gentes van vestidas de todos los colores, dominan el rojo, el amarillo, el blanco; los diálogos son en alta voz, todos nos conocemos, los viajeros van asomados á las ventanillas, bajan á cada momento, se llaman de un vagón á otro, óyense en los coches de primera discusiones políticas y risas, en los de tercera canciones y carcajadas.—¡Aguadora!—¡Agua!—¡Eh, don Pedro! ¡las perdices para la prima!—¡Adiós! ¡Expresiones al cólera! ¡Siga el movimiento! Así se pasa un día y una noche.

Llego al Escorial, que se vé allá lejos como un fantasma y recuerda grandes cosas que fueron. Allí ya el trajín y el subir y bajar de viajeros, tiene algo de feria. Por el camino vine hablando, cambiando sin cesar de vagones, con generales, exministros y diputados, banqueros, viajeros españoles y particulares franceses. En el Escorial se me anuncian impresiones nuevas. Un joven airoso, vestido de chaquetilla y pantalón ajustado, sombrero español de alas anchas por bajo del cual asoma la coleta, salta ligero como el viento al estribo, andando ya el coche, y me tiende la mano. Es Angel Pastor, ¡ya están ahí los toreros!

Llegamos á Madrid, el tren se para, ¡van á

fumigarnos! Anda, María, le dice un pasajero á su señora, anda hija, que parece ser que nos van á dar el óleo. ¡Un inspector que está en el andén al frente de diez ó doce guardias se acerca al tren y con esta hermosa franqueza castellana, dice haciendo en el aire un medio círculo con el bastón: ¡A ver, bajarse todos!

Bajamos. ¿Será larga la operación?—le pregunto á un guardia.—No sé decirle á usted, porque eso es según; pero este médico de hoy es de los que se duermen en el morrillo.

Nos fumigan entre bromas, chistes y frases, que reunidas, formarían un libro. Entramos, por fin, en la ciudad. ¡Oh, qué momento de emoción intensísima para quien pasó tanto tiempo fuera! Comprendo yo ahora cuánto debe agradar al extranjero el color local de esta villa de Madrid, originalísima como ninguna. ¡Qué luz, qué diversidad de colores, qué de campanillas, juramentos y fustazos! Las calles en cuesta, las casas de color terroso, los colores nacionales á las puertas de los estancos, y los puestos de agua con sus bolas doradas, los botijos en los balcones, los periódicos vendidos á gritos, curas dando la nota negra al cuadro con el tradicional sombrero de teja... y en medio de todo esto, a cantidad de *chulas* cuyo encanto no tiene al para quien viene de Francia, vestidas n el mantón de largos flecos, el pañuelo al llo ó en la cabeza, el abanico grande colo-

rado, el gran volante en el vestido y el moño alto y la alta peineta, todo esto adornando las más lindas figuras y las más hermosas caras que pueda imaginar viajero alguno... es la patria, con todo su color local y conservando á través de los siglos su carácter nacional, que ojalá no se pierda, porque es su encanto mayor y su delicioso atractivo...

París, Londres, Viena, Berlín, Bruselas, Roma, no tienen su color propio como nuestra capital *sui géneris* la más alegre y ruidosa de todas. Nápoles y Sevilla habían sido hasta hoy para mí las dos grandes impresiones de viaje de mi vida, pero Madrid ha adquirido realmente un tono andaluz que antes no tenía. En tiempo de la reina Isabel, Madrid era aristocrático y ahora es *flamenco*, y para el que viene de paso es más curioso ahora. Dijérase que Andalucía se impone á toda España. Sombreros paveros, músicas populares, quejidos cantados, poesía intraducible á ningún idioma... ¡ay, señora mía, qué difícil sería explicarle á usted lo que quiere decir esta copla que á la puerta de mi casa acaba de cantar una voz femenina!

Fragua, yunque y martillos
rompen metales...
¡el juramento que yo á tí te echao
no lo rompe nadie!

Todos los amores, todas las pasiones van á

la calle abajo al són de la guitarra! Ya anocheció, y aquel sol, cuyos rayos hacen daño á los ojos que vienen de fuera, deja paso á la noche que es aquí día, porque todos viven á deshora, y bajo un cielo cubierto de estrellas, respiran los madrileños el fresco deseado, ya en el Prado diciendo amores á la novia, ya en el abierto balcón donde se dibujan las siluetas de amantes parejas, y de todas partes salen ecos de la música del país que acompaña nuestros poéticos cantares.

Por tí, serrana, por tí
las horitas de la noche
me las paso sin *dormí!*

—

No quiero que me dés *ná*,
sino que vengas á verme
cuando tengas voluntá...

Años enteros habría de pasar quien no hubiese nacido aquí para comprender estas *intimidades nacionales*. Para mí han sido como el despertar de un sueño y se las envío por el correo en tanto llega el momento de traducírselas como pueda.

Septiembre 1885.

El cañonazo.

Son las tres de la tarde, y yo estoy oyendo el cañonazo que disparan en este momento á bordo del *Isla de Panay*, que sale con rumbo á Filipinas, del puerto de Barcelona.

Lo he oído; ha resonado en mi corazón. Hipnotizadores y espiritistas no podrán nunca comprender por qué. ¡Lo he oído! Me ha hecho saltar de la silla y prorrumpir en llanto íntimo, en la soledad de mi alma... En ese barco que sale para hacer una travesía de treinta y seis días, se va el hijo de mis entrañas, el mayor de mis hijos varones, el que viene después de mí, el que pudiera hacer repetir á su madre los versos de la protagonista de la comedia antigua, cuando dice:

... por Enrique
que me costó más dolor!

¡Oh, cañonazo triste, oído á veinticuatro horas de distancia, y cómo has hecho salir nuevas canas á mis barbas de cincuenta años!

¡Cincuenta años!

Ocasión sería esta de recordar intimidades que son siempre más interesantes para el público que todas las actualidades de la vida corriente. ¡Qué novela, esta realidad de la vida!

Aquel D. Manuel Becerra con quien yo anduve á tiros por las calles de Madrid para defender la libertad y el progreso, y los grandes ideales de la humanidad, es el que me le nombra para la Casa de la Moneda de Manila. El compañero de las luchas de ayer es el ministro de hoy, que ha hecho su carrera por hombre de bien antes que por hombre político y orador elocuente. El hijo de mi entrañable amigo y compañero de treinta años en la prensa, Julio de Vargas, va á ser, por caprichos de su suerte, jefe del hijo mío allá en el Archipiélago. El general Blanco, á quien yo conocí capitán, será su virey. Angel Avilés, que le tuvo en la pila bautismal, y le puso su nombre, le verá llegar hecho y derecho y no creerá á sus ojos. Los obispos y superiores de las órdenes, que fueron estudiantes conmigo, le bendecirán en la misa. Los compañeros y amigos del periodismo militante, van allá á ser sus amigos, y así como he oído el cañonazo del puerto de Barcelona, tengo la seguridad de oír un día en sueños las fra-

ses cariñosas y los recuerdos de la amistad, que vendrán de tan lejos á consolar mi ausencia. Yo soy de los que creen en todo á la edad en la que la mayor parte de los hombres comienzan á dudar de tantas cosas, y he hecho para mi uso propio una felicidad que consiste en tener confianza en la amistad y en el amor, y en Dios, y en la patria, y en el porvenir, sea el que fuere. Lo contrario es misantropía y poquedad de ánimo, y la fe ha salvado siempre, y á todas las edades.

¿Quién me hubiera dicho veinte años há que había de ver á mi hijo mar afuera, recomendado á todos aquellos amigos que son hoy algo en la política y la administración y la milicia? Todos ellos han conquistado lo que se llama en el lenguaje corriente altas posiciones, mientras yo he fundado mi bienestar en no querer ser *nada*. Nilo Fabra, senador, compañero de mi infancia literaria, trabajador como buen catalán, y con quien me une estrecha amistad, me decía ayer:

—Tú no has sido diputado, subsecretario, ministro, porque *no has presumido*.

—Ni lo seré, le dije, porque yo fundo mi dicha en ser Fulano de Tal á secas, y por eso tengo la pretensión de contar los amigos por millares aquí y en todas partes. Los soldados es-añoles me escriben hace un mes cartas que no ecibirán de seguro los generales, porque saben ıe les admiro y defiendo sin ninguna mira.

personal; allá en Aragón me quieren «por aragonés», y no porque les sirva de nada ni esperen de mí. En Francia, como en España, no tengo más enemigos que algún fallido de esos que se mueren de tristeza del bien ajeno. Si alguna vez me atacan más ó menos ligeramente los gacetilleros de periódicos políticos, es porque creen servir así á un jefe cualquiera que les ha de dar algo mañana, y no me duele. ¿Que no tengo un capital? ¡Ni lo permita Dios! Al padre rico le están esperando la muerte sus hijos. En mi casa todo el mundo le pide á Dios que yo viva. Mi existencia toda, solo, sin ayuda de nadie, la he dedicado á educar bien á mis hijos. Ya hay uno que surca los mares. A ese le he dado para que se la guarde una tira de papel con estas palabras: «Creer en Dios, no hablar mal de nadie, respetar á las mujeres, levantarse temprano y ganar amigos.» Bien seguidos, estos consejos valen millones.

¡Ah! ¡Los hijos! Si el mundo supiera lo que este modesto español, ciudadano de esta patria de la que todo el mundo me habla mal cuando vengo á ella, si supiera lo que me ha costado criarlos y los sacrificios de todo género que por ellos he hecho, acaso reconocerían que el alegre camarada de ayer merece hoy un poco de respeto. Todas las informalidades de la juventud se me pueden perdonar, porque he amado á los míos. Por eso al oir hoy en Madrid el ca-

ñonazo de Barcelona, he sentido que el alma se me huía del cuerpo, y sólo la idea de haber cumplido un deber ha podido sostenerme y darme ánimo.

Creo que la educación moderna es la que yo doy, y esto conviene enseñarlo á muchos padres que no piensan sino en la educación religiosa ó en esa que consiste en hacer hipócritas. Mi plan desde que tuve muchos hijos fué enseñarles muchas lenguas y darles fuerza corporal. El hombre sano piensa noblemente, el que sabe seis lenguas, decía Carlos V, es *seis hombres*. Así, pues, mis hijos varones han hecho, desde la edad de seis años, esgrima, velocípedo, patines, equitación, gimnasia, todo lo que hace el hombre robusto y poderoso. A la edad de treinta y ocho años comencé yo á hacer las armas en la sala del *Fígaro* sin interrupción de un sólo día hasta hoy, y á eso creo deber la salud que en París he tenido siempre. Los idiomas reemplazando al latín que, aprendimos durante *cuatro años* los de la generación anterior, dan todo género de facilidades para los viajes, lo negocios y las aventuras de la vida.

Llegan los hijos á grandes, y cuando tienen noble ambición de entrar en las campañas de la existencia, piden, como el mío, correr mucho undo. ¿A dónde mejor que al Archipiélago lipino?, decíamos en París en la intimidad de familia. Allí están los amigos, las afeccio-

nes, los compañeros de siempre. ¡Allá, pues! *¡Allá!*

Los que no son padres no pueden comprender lo que significa este *allá*. Es algo como una boda, como un entierro de alguien, que luego resultará vivo; es, en fin, el momento en que se dice uno así mismo esa palabra tan frecuente en los barcos de guerra.

—*¡Uno!*

Uno que ya salió á navegar por su propia cuenta por los mares de la vida. Uno que ya coloqué, que ya voló del nido, que ya es *él*, en lugar de *yo;* uno que no esperaré por las noches ni despertaré á la mañana; uno que ví en los brazos de la nodriza primero, en los bancos de la escuela después, en misa los domingos á mi lado, á mi cabecera cuando estuve malo, en la mesa formando parte del amoroso cenáculo, en todas partes y á todas horas... ¡Voló! ¡Se fué! El cañonazo anuncia la partida...

Y así sucederá con todos, y pasaremos por esta ley, á la vez eterna y absurda, que manda que nos desvivamos y nos sacrifiquemos y eduquemos hijos é hijas con amoroso afán para que un día pase un desconocido por la calle, y en la primera mirada lanzada á la hija del alma digan sin decirlo: —Esa es para mí, yo me la llevaré; ó para que el cañón de á bordo retumbe en Madrid, diciendo con su fúnebre estampi-

do:—¡Ya se marchó, ya está en alta mar, ya has concluído!

Y el cañonazo me está sonando constantemente en los oídos y no puedo sofocar su estruendo, y esta despedida á distancia es de las que marcan y graban en la mente una fecha. Y si ahora no fuera uno cristiano, ¡oh, ateos!, ¿cómo podría consolarse?

—Dios mío, repetiremos hoy en diferentes puntos de Francia y España, y con esas dos palabras lo diremos todo:

¡Dios mío... Dios mío...!

1894.

¡Qué soldados!

OH, sí, qué soldados! El haberles visto anteayer desfilando delante del monumento del Dos de Mayo, vale la pena de haber pasado tres meses en mi Madrid.

¡Qué soldados! ¡No los hay como estos en el mundo! Viajero constante, soldado de afición, (porque yo quise serlo y mis padres no me dejaron) donde quiera que voy, me complazco en ver paradas, y formaciones y ejercicios. El soldado francés es pesado *bourgeois*, delata el ciudadano sin apuros, para el cual el servicio es una obligación. El soldado alemán, tan decantado y tan celebrado, no tiene nada de particular, absolutamente nada. Está bien vestido, bien equipado bien manejado. Sus oficiales son os que le dan el tono, oficiales *con corsé*, engomados pulidos, acicalados. El ejército inglés... oh! ese es un ejército de señoritos: todos colo-

rados como los cangrejos, con la gorrita de medio lado y parientes de aquel personaje de *La Canción de la Lola* que habla desde el corredor... Los rusos son soldados semi-salvajes, los bárbaros del Norte, convertidos á la civilización con corazas y gorras de pelo y cosas de lujo; legión poderosa, caballería arrolladora... ¡Pero esta marcialidad del soldado español, esta manera de andar del quinto, que ayer estaba arando y en cuanto se pone el uniforme y oye la charanga, ya parece soldado de seis años de vida militar, eso no se parece á nada!

Aquella guardia civil de á caballo que fuí persiguiendo anteayer antes del desfile, durante el desfile y después del desfile, para verla tres veces, es una tropa que honra á la nación, que no tiene igual. Yo no comprendía como el público no la aplaudía al verla pasar; porque aquellos hombres, tan hombres, tan bien equipados, limpios como el oro, con sus petos encarnados y sus tricornios galoneados de blanco sobre aquellos hermosos caballos, trotando al són de esos clarines que dan escalofríos al que tiene metido en el alma el sentimiento de la patria, daban ganas de gritar: ¡Viva la guardia civil! ¡Viva España! ¡Oh, que lucidísima tropa! Podemos estar orgullosos de ella.

Y luego, esta infantería española, que en vez de andar, corre; y no parece que corre, sino que vuela... Este paso doble de los cazadores, á nin-

guno otro igual; esa manera de marchar, ese garbo que vienen anunciando los gastadores, y que obliga á todo vecino á levantarse de la mesa, correr al balcón, levantar los niños en alto, seguir el compás y convertirse durante diez minutos en colaborador de aquel río de música belicosa, que pasa como el rayo por delante de nosotros... ¡Oh, qué momento de satisfacción nacional!

Vienen luego los cazadores á caballo, los húsares y los dragones; pasa la artillería con su estruendo de carros y levantando polvo, y aquellos cañones dormidos, que se pasean al són de esas trompetas, cuyas armonías lentas, arrastradas, á la vez marciales y melancólicas, como si cantasen á un tiempo la música popular del Mediodía español, y los toques guerreros de las montañas, constituyen un símbolo de cosas pasadas, presentes y futuras... ¡Y cuando se piensa que estos soldados, tan guapos mozos, de tan bizarra presencia, no son ocupados por los que mandan sino en negociaciones pacíficas con el enemigo moro, ó en guerras civiles de hermanos!... ¡Lástima grande que tan hermosa tropa no pueda emplearse en empresas más altas!

Los extranjeros, que no nos conocen sino de oídas, no tienen idea de un ejército así. Como no lo llevamos fuera y nos empeñamos (es decir, se empeñan todos los gobiernos) en decirle al mundo en los Parlamentos que debemos vi-

vir alejados de todo movimiento internacional, que no ambicionamos nada y que no somos nadie, se habla por Europa del ejército alemán y del ejército francés, y del ejército ruso, y nadie se acuerda de estos soldados que anteayer me procuraron la mayor satisfacción que he tenido en estos tres meses. ¡Qué soldados! Se puede ir á cualquier parte con ellos. Y, sin embargo, toda la gloria es para los generales, para esos generales que yo no sé quién ha vestido á la prusiana, con esos cascos ridículos, que parecen de bomberos en día de gala. Ese casco es anti-español, es un adorno prestado, una cosa exótica, una moda extraña al gusto nacional. A lo menos O'Donell y Ros de Olano inventaron cosas que por ser nuevas y creadas por ellos, han tenido luego en Europa un color esencialmente español, el *ros* y la *leopoldina*. ¡Pero el casco! El casco de suela de los bárbaros, el casco de un país que no tiene ningún punto de contacto con nuestra raza latina, tan artista y tan personal. No; hay que reemplazarlo, y yo le pediría á mi ilustre amigo, el actual ministro de la Guerra, que antes de dejar el poder inventara para cubrir las cabezas de los generales otra cosa que reemplazara á ese casco que no se comprende en España sino en las cabezas de los judíos que prendieron á Cristo. ¡Es horrible! Los rusos tiene sus gorras de plato y sus birretes de pelo, los franceses sus Kepis, los bersaglieris italianos el

airoso sombrero tirolés; hay que hacer algo en España que sea español, una gorra cualquiera, un pavero con plumas, un sombrero nacional, todo, en fin, menos ese casco alemán, brutalmente alemán, horriblemente alemán, que contrasta con el uniforme esencialmente español de nuestra infantería ¿Pues hay nada más nacional que el soldado con sus alpargatas blancas, su levitón levantado por los lados y su ros ya clásico? ¡Quítesele á la magnífica guardia civil su peto colorado y su tricornio, y adiós la institución! Los ejércitos son y deben ser esencialmente del color del país. Anteayer en la carrera, la guardia civil de á pie, con su calzón de punto blanco y sus polainas, era de un efecto maravilloso. ¿Quién se atrevería á poner á los civiles un casco de suela? Magnífico, asombroso era el efecto producido por estas tropas que el pueblo de Madrid admiró y que por su marcialidad y su porte no tienen rivales en el mundo. Llevan en el *aire* con que marchan y en la presencia del conjunto toda la virilidad que aún hay en el país, por más que la nieguen los malos patriotas. ¡El país representado el miércoles en sus soldados, está fuerte, sano y vigoroso! Su desgracia consiste en que lleva medio siglo de ser gobernado por habladores, negociantes y curiales.

(1894)

Mantillas y pañolones.

¡ALABADO sea Dios!

Ya se me logró ver algo esencialmente madrileño, algo que se aparta de lo vulgar, un día de sol que arde, trescientas mantillas y mantones de Manila... ¡la gloria de Dios!

Después de cuatro meses de oir hablar mal de España á todos los españoles con quienes he cruzado la palabra, harto de oir «que esto está perdido», que «esto no es país», que «dichoso usted que vive fuera» y todas esas monstruosidades que me amargan la vida española que vengo á hacer aquí, al fin he visto algo que me a compensado de la tristeza que me dan los que hablan así.

El cielo me debía,
tras de tanto dolor tanta alegría,

y ayer me di un día de *madrileñismo* como para mí solo.

¡Era de ver, á la puerta de San Ginés, donde los pobres están confundidos con los que venden claveles, la cantidad de mujeres guapas con mantillas blancas!

No se ofenda nadie, pero la hermosura, en Madrid, está abajo.

Altas y *medias*, las mujeres son *regulares;* pero en cuanto se trata de la mujer del pueblo... ¡alto ahí! Chulas ó cigarreras, modistas ó costureras, carniceras ó *comerciantas*, esas del mantón, son únicas. Esas que no han llevado nunca sombrero son lo que queda de la raza aquella que pintó Goya.

Y allí estaban ayer, esperando á los novios las solteras con mantillas blancas, y las casadas con mantillas negras. Y desde la gran Concha, la hermosa Concha de Mazzantini, mujer amantísima, española de sangre, idólatra de su marido, hasta la Fulana y la Zutana de los barrios bajos, todas echando luz por aquellos ojos, y con el clavel detrás de la oreja, aquello era lo único que nos queda del *Madriz* de ayer y de hoy, el color local, la casta, lo que no saben ver los que se pasan la vida diciendo que no somos nadie...

Aquél gitano que venía de la Alhambra á Granada montado en su burro, con el sombrero de catite de medio lado, y que al ver venir

por el camino, á caballo, á la hermosísima condesa de Teba, que fué después emperatríz de Francia, exclamó:

¡Á moo que s' alegra uno de haber nasío!

Aquel gitano se me representó ayer á mí, que me alegré de haber nacido, por ver, como simple curioso, el cuadro goyesco de las mantillas á la puerta de la iglesia, y de los mantones en el Vivero...

Por la tarde, atisbando como los pintores de paisajes, el lugar y el grupo, y el camino y el rayo del sol, me fuí allá donde estaban el ruido y la bulla y la alegría. Y costeando el contorno de la fiesta para no interrumpir á los dichosos, les estuve viendo con el placer con que debe contemplar un abuelo á sus nietos. ¡Allí hubiese yo querido que estuviese ese escritor nuevo que se llama López Silva y que es el Don Ramón de la Cruz de ahora, para que hubiese recogido las frases, dichos y cosas que allí se decían! Sonaban los organillos y bailaban las parejas *eso* que no se parece á nada, el hombre estrechando á la mujer contra su corazón, la mano derecha abierta apretando la espalda de la pareja y la mano izquierda cogiendo la derecha de *la otra* y bajando y subiendo á compás como los polichinelas á los que les tiran los ' iquillos de una guita. Y bailando en un metro terreno, y despacito para que dure, y miránse con unos ojos que lo dicen todo... Una

cosa inconcebible, mezcla de deseo y de respeto, de intimidad de cinco minutos y de amores de un año... Y vengan polkas, y valses, y el organillo tocando rabioso, y las cañas que van y vienen, y la gente á medios pelos, y aquella jerga intraducible á ningún idioma:

—¡Pues no es usté espabilao ni ná!

—¡Que la quiero á usté más que al clero!

—¡Ay, hijo, no me apriete ustez, que hay billetes pa tós!

—¡Dímelo una vez na más!

—¡Pa chasco!

Y allí está el torero viejo, más padrazo que todos, que se le humedecen los ojos cuando no ha temblado delante de los toros... y las chicas con los pañolones azules y blancos y rojos, con unos flecos de á vara, y las flores en la cabeza, peinadas todas de la peinadora, calzadas *como Dios*, y echando en un día de boda, porque se casan dos buenos mozos, todo lo que tienen de alegría, de juventud, de alma. ¡Ah! ¿Quién ha dicho que aquí no hay nada, que vamos «para abajo», que el país desaparece? Desaparecerá de arriba, pero queda aún la gente buena; queda lo esencial, quedan los soldados, quedan los chisperos, quedan las que hace cien años llevaban la peina y las galgas, y ahora sacan á relucir, cuando hace falta, el *pañolón* y la mantilla blanca, que recuerdan Bailén y Madrid, y Zaragoza y Arapiles.

¡Queda este Madrid, inundado de sol y de luz y de ojos negros y de almas sanas y enteras; no, no hablemos mal de un país en el que se ven aún estas cosas!

1894.

Intimidades.

LAS once y media serían y estaba yo echando versos á porrillo... uno de esos días en que los versos salen hechos sin saber por qué, secretos que conocen todos mis amigos fáciles desde Dartois á Pérez Zúñiga y desde Coppé á Vital Aza; uno de esos momentos en que pondría uno en verso la lista de Fornos ó el santo del día. Y les daba las Pascuas en verso á todos mis amigos, franceses y españoles... Hasta versos franceses hacía, mal me está el decirlo, y había aquello de escribirle á mi convecino y amigo entrañable el marqués de Tovar, que acababa de tener un hijo:

El mundo entero celebra
el nacimiento de Dios...
¡un niño al mundo ha venido!
¡Para ustéd han venido dos!

Y luego me dirigía al no menos entrañable

amigo el comandante del *Venadito*, y había aquello de:

Honra de los Mendicutis
y amigo nunca olvidado,
¡quién estuviese á tu lado
para acariciarte el cutis!

Y así por el estilo, cuando de repente me dicen:

—La portera que quiere hablar á usted.

¡La portera! Una vascongada vieja y honrada, mujer de un hombre honradísimo, que se llama *Francisco*, y que me aconseja, y me regaña, y besa á mis hijos, y es portero, y amigo, y administrador, y todo.

—¡Que entre!

Y entró la excelente mujer.

—*Liberal* y *Heraldo*, dijo dejando los periódicos sobre la mesa; y como aquí en Guipúzcoa, al modo de Rusia, el siervo habla de tú al señor, lo mismo ni más ni menos que nosotros los cristianos hablamos á Dios, comenzó á interrumpir mi trabajo con una porción de palabras raras, resultando que ella y la criada me habían cortado la inspiración que venía á chorros, y juro á Dios que

cuando me la cortaron, sentí un frío
de una hoja de acero en las entrañas,

como decía el otro.

—¿Qué hay?—le digo mirándola cara á cara.

—¡Periódicos que te tienes y felises Pascuas de la familia y que la Sofía se está muy resfriada!

—¡La *Sofía!*

La Sofía es una de mis hijas; aquella á quien la portera de París llamaba *Mademoiselle Sophie* desde que la niña tenía cinco años... Para Eugenia es *la Sofía*, y yo se lo agradezco tanto, que ya se me olvidan los versos y el trabajo y cuanto me rodea...

Y la portera continuó:

—¡A misa han salido todas, por religión mucho se puede haser; pero la Sofía iba *toseando*; salir no dejes pues, por que si se revienta ya tendremos mucha lástima todos!

No, no hay en Shakespeare, ni en Víctor Hugo, ni en estos *fumistas* (como dicen en Francia) modernos retorcedores del carácter humano, que se empeñan, allá en el Norte, en que las pasiones sean *nuevas*; no hay en ninguno ellos, es decir, en sus obras, una expresión íntima de ternura como esa.

—No hay cuidado, Eugenia, no hay cuidado.

—Sí, sí, no hay cuidado, pero niños son niños y no hay que dejar, porque señorita se te la quiere y ahí tienes pues que mala te se pone... ya te llorarás luego.

¡Y luego me preguntaban de allá de Francia, qué diablos hago yo en este rincón al pie de

la montaña! ¿Qué hago? Vivir en familia con veinte mil almas, compararlas con aquellas razas (que son razas aparte) de parisienses ó madrileños, trabajar rodeado de amigos íntimos que se llaman:

El sereno.

El portero.

El celador.

El vecino.

Los que pasan.

¡Todos míos! Gentes que me han hecho mil veces regionalista. Gentes que viven de leyes tradicionales, que firman contratos de millones en un papel blanco, que dejan pasar los días mirando su cielo azúl y rezando á su Dios, mientras yo, sintiéndome entre ellos como en un amoroso regazo, trabajo lejos del mundanal ruido...

Y sigue la Eugenia:

—¿Qué no te duermes por noche? ¿Qué hases pues, que ayer, á las tres, Fransisco dise que el amo tiene lus y que se estará malo puede ser?...

—Trabajando estaba, á las seis me acosté.

—¡Jesús Dios! ¡Muchas rayas que hases!

—¡Rayas!

¡Tiene razón! Rayas cortas, que á ella lo mismo le dan y que la tienen sin cuidado, con tal de que yo no esté malo...

—Vaya pues, si ocurre algo mandar y cabe-

sa no romper tanto, felises Pascuas pues, que la Sofía no se tosee...

Y como final de este discurso íntimo:

—¡Adiós!

—¡Este *adiós* vascongado es de una grandilocuencia extraordinaria!

¡Cuidado si hay en castellano formas de despedida! Hasta luego, hasta mañana, á más ver, ustedes lo pasen bien, salud, seguir sin novedad, quedarse con Dios, hasta la vista, seguir bien, abur...

En vasco, el grande, chico, mediano, rico, pobre, noble, plebeyo, no dicen más que: ¡*Adiós!* con sobriedad elocuentísima.

¿Se encuentran dos amigos en la calle?

—¡Adiós!

Viene el cobrador del Banco, presenta una letra, se la pagan, no ha hablado una palabra, se pone su gorra... ¡Adiós! Negocio concluído.

Se entra en el estanco, se piden los cigarros, se pagan, dice el comprador.—¡Adiós!—¡Adiós! dice el otro. Pasa la autoridad, esa autoridad, cualquiera que sea, que aquí se respeta más que en ninguna provincia de España, y el subordinado echa mano á la boína, y el superior dice sencillamente:—¡Adiós! ¡y ya está dicho todo!

Pasa el cura; sea balanzan á él bandas de chiquillos que le besan la mano... — ¡Adiós! — ¡Adiós!—dice el señor cura.

Salían ayer los pescadores á la mar llevando la barca que se llevaron como presa suya las imponentes olas, altas como montañas... Las mujeres de estos héroes ignorados que van á jugarse la vida para que yo coma pescado fresco, bien calentito en mi casa, les veían partir con ojos inquietos.....—¡Adiós!—dijerone llos á coro.—¡Adiós!—dijeron las madres y las esposas...

Y yo venía pensando en esto y en el desequilibrio indudable de las condiciones humanas, y al oir á las diez de la noche la espantosa galerna que se desencadenó y duró cinco ó seis horas, recordaba el *adiós* aquel...

¡Qué noche!

Eran las cuatro de la madrugada, y allá iban mis versos mientras todo dormía en la ciudad, menos el viento, que se llevaba las chimeneas, silbaba furiosamente á través de las persianas, aterraba con su estruendo horroroso... y á lo lejos se oía el mar iracundo, y las olas estrellándose con ruido de mil cañones en la Zurriola... y en una de éstas, abrióse de par en par mi ventana, y sólo ví, en frente de mí, como un gusano de luz al sereno, plantado frente á mi puerta y resguardándose contra una pared...

—¡Cipriano!

—¡Señor!

—¡Qué es esto! ¡Esto es el fin del mundo!

—¡Creencia estoy así!... Se trabaja, pues, ¿eh?

—Sí, trabajando... ¿quiere usted entrar?

—Grasias, obligasión antes.

—¡Buenas noches!

Y la galerna desencadenada me impedía cerrar la ventana; y en aquellas terribles horas parecía que á la tierra se la llevaban por esos espacios imaginarios una legión de ángeles exterminadores tocando las trompetas del día del juicio.

Dormían los hijos; la fiel compañera rezaba... Allá enfrente de la ventana que da al patio, se veía á *Fransisco,* que está malo hace un mes, tendido boca arriba en su cama, con un rosario en la mano... ¿Por quién rezaba?

La Eugenia me lo dijo al día siguiente.

—¿Ya hisistes muchas rayas anoche?

—¿Ya pues vistes galerna?

—Sí... Francisco rezaba...

—Tú también, pues, resabas creo... hay que resar por los que están en la mar... que ya sabes que muchos no vuelven...

Y entonces el *¡adiós!* me resonó otra vez en los oídos, y me postré de hinojos y dije.

—¡Virgen Santísima, estrella de los mares, protege á los marinos!... ¡Qué vuelvan!

Y á la mañana, los diarios anunciaban, que no volvieron... No, no volvieron...

¡Qué noche! ¡Dios mío!

San Sebastián, Enero 1897.

El sereno.

PARA entrar en mi hogar de París, no necesito de otra formalidad que tirar de la campanilla. El portero ó portera, que están profundamente dormidos, echan mano al cordón que tienen á la cabecera de la cama, la gran puerta se abre, y entro en mi casa como Pedro por la suya.

Menester es que la seguridad personal sea un hecho consumadísimo para que los vecinos todos de esta capital de *dos millones* de habitantes entren de tal manera, pasadas las diez ó las once de la noche, en sus respectivos domicilios.

¿Quién puede privar á los ladrones ó á los enemigos personales de cada individuo de entrar un cuarto de hora antes, esperar á sus víctimas en el primer rellano de la escalera, y allí dar cuenta de ellas?

No suele suceder, dicho sea en honor del

cuerpo de serenos, en París admirablemente organizado.

Y, sin embargo, cada noche, al entrar en mi domicilio, me acuerdo con cierta fruición, de nuestro clásico sereno.

En primer lugar, ¿por qué es sereno?

¿No ha de haber entre los mil y tantos que abren puertas en la capital de Castilla la Nueva, alguno que pierda en momentos dados su serenidad?

¡Pero son serenos! Han tomado el nombre del relente que les cae sobre la capucha y la pica.

¿Y la pica? ¿Por qué razón su arma defensiva ha de ser un chuzo?

—¿A quién va usted á picar con eso?—le decía yo al serenísimo mío, que por lo grande merece el título de alteza.

—¡Pues, á lo que salga!—decía él, mientras buscaba en su *canana* la enorme llave de mi casa.

Tiene por encanto este hombre nocturno con cien llaves en el bajo vientre, colocadas sin orden ni concierto, y constituyendo una especie de familia de bolsillo. No haya cuidado que el hombre se equivoque; las conoce todas, y con oir la voz del inquilino que le llama, ya sabe qué pedazo de hierro ha de coger. Los vecinos le consideran como de la familia. Le llaman por su nombre de pila...

—¡Antonioooooo!

—¡Vaaaa...!

Y se oye el ruido de las llaves y el compás de los pasos. Aparece á lo lejos el farol, que cuelga de la pica y que se balancea al compás de los pasos precipitados, y generalmente, sereno y vecino, se saludan como buenos amigos.

—Buenas noches, Antonio.

—Buenas noches, señorito.

Y dadas las dos vueltas hacia la derecha, ábrese la puerta, y el sereno se queda esperando á que el inquilino suba los tramos.

Hay en todo esto una intimidad de pueblo chico, que no se puede olvidar en un pueblo grande. Mis serenos de Madrid son figuras muy importantes de los diferentes episodios de mi vida. Allá, por los años de que sé yo cuantos, vivía mi trasnochada persona en la calle de Cervantes; el sereno la esperaba siempre en la esquina de la calle de Quevedo. Mis diálogos con aquel hombre de noche, eran á veces muy interesantes.

—¿Qué hay de nuevo en el barrio?

—Estamos tranquilos.

Ó bien:

—¿Qué hubo anoche en la calle?

—Un fuego en la casa del Sr. De Saavedra.

Este señor de Saavedra era ni más ni menos que Miguel de Cervantes. El sereno había leído desde que empezó á ejercer, la lápida conme-

morativa del príncipe de los ingenios, y para él *Saavedra* era un vecino más.

Algunas noches me echaba un sermón como un padre cariñoso.

—¿Qué hora es, Antonio?

—Las tres y media.

—¿De veras?

—Sí, señor, sí; ¡y estas no son horas de retirarse!

—Hombre, tiene usted razón; mañana vendré más temprano.

En verano, mi hombre no podía aguantarme. Apenas alboreaba, él debía de retirarse, y más de una noche me dejó en la calle. En cierta ocasión se tomó la molestia de esperarme hasta cerca de las cuatro. Dando estaban cuando me vió entrar por la calle del León. En su indignación paternal, echó á correr y me dejó en medio del arroyo, llegando hasta á tutearme. Doblando la esquina, iba diciendo:—¡Anda y que te abra Dios!

Y á mí me encantaban estas familiaridades, que no se encuentran sino en la madre patria. Me desencanta, y dijérase que me falta algo al llegar á mi puerta y llamar, y ver que el Sésamo se abre. ¿Dónde estará aquel Nicolás de la calle de las Huertas, sentado en el umbral de mi portón y dormido con el número de *El Cencerro* en la mano?

—¡Nicolás!

Y no responde.

—¡Nicolás!

—¿Quién va?

—Soy yo.

Y el encapuchado se levantaba. Abría, subía los escalones hasta el segundo piso, y al oirme entrar en mi cuarto tercero, decía desde abajo.

—Pasar buena noche.

Una vez dentro, y mientras yo me desnudaba y me arrebujaba entre las sábanas, le oía dar fuertes patadas en el suelo para quitarse el frío y cantar «en flamenco».

No me llores, no me llores,
que llorando me pareces
la Virgen de los Dolores.

Y al arruyo de esta canción tarareada en el silencio de la noche, me dormía descansado, como aquél que sabe que le velan el sueño.

¡Oh, clásicas costumbres y tradiciones locales, casos inveterados, patria, en fin, y qué de recuerdos gratísimos guardas en tu seno! Aquí, en plena civilización, he de subir escalones á obscuras, confiado en el sueño ligero de mi portero y no he de oir el silbido del sereno que persigue ladrones, ni las campanadas que tocan á fuego. Aquí soy extranjero, estoy solo.

París, Octubre 1885.

El Viático.

PERDIDO por esas calles, evocando recuerdos, me complazco en reconstituir el pasado.

Ayer, por ejemplo, iba la memoria dándole gritos al corazón en lo largo de la calle de la Magdalena, una de las que más influencia ejercen en mi vida.

La plaza de Antón Martín, donde un memoble día anduve á tiros para que otros fuesen ministros y generales. El teatrito de Variedades, donde nací á la vida literaria con un fracaso. Más adelante el cuarto segundo de aquella novia de hace veinte años, y la mugrienta escalera, y al fin de ella el ventanillo de los amores del estudiante. Un poco más allá la casa donde e dejaron mis padrinos después de la boda, y la que pasé dichosísimo mi luna de miel. rece la calle un vía-crucis. En el balcón don-

de yo recibía el primer rayo de sol con la recién casada que había de ser la madre de mis hijos, en lugar de los tiestos de claveles y de las jaulas llenas de pajaritos que arrullaban mis amores, hay un cartel que dice: *Asociación de Propietarios*. Los tiempos cambean, exclamaría mi entrañable amigo el sainetero.

Al llegar á la plaza del Progreso, y al pie de la estátua de Mendizábal, que yo creía denunciada ó huída, dados los tiempos que corren, me detuve ante un corro de gente que rodeaba á un perro moribundo. El pueblo comentaba la triste situación del amigo del hombre.

Un militar.—Le han dao morcilla.

Un aguador.—¡Ya nun dan!

Un obrero.—¡Rematarlo!

El amo del perro.—Son ataques nerviosos que me le dan, y en uno de estos se me queda.

Una vendedora retirándose.—¡Animalito! Así tengo yo un cuñao.

Y la dolora callejera iba haciéndose sola, cuando sonó á lo lejos una campanilla.

¡La muerte! ¡Es indudable que á todos los transeuntes se nos ocurrió la misma palabra.

En París, de donde vengo, la muerte se oculta hasta el último día. Los Sacramentos se le dan al enfermo (si se le dan) sin que la vecindad ni el público se enteren. Dios va á domicilio (incógnito. Solamente el día del entierro de vue tro vecino sabéis que ha ocurrido una defu

ción en el barrio. Y si la muerte ocurre en un hotel, entonces nadie sabe nada, al muerto se le saca de noche, y los criados no hablan del suceso con nadie, porque un muerto para una casa de esas es un descrédito.

Aquí, por el contrario, vecinos y paseantes, saben con anticipación que un prójimo agoniza, y cuantos oyen la campanilla parecen identificarse con la familia. Por eso ayer, al oir el triste són, todas las personas que pasaban por la calle se descubrieron, arrodilláronse las mujeres, y fueron acercándose el cura, el monaguillo y los acompañantes que, con velas en las manos, formaban detrás importante cortejo.

Cruzaba un coche particular la plaza, detúvose, bajó de él una señora y cedió su puesto en el interior al sacerdote.

Obra de caridad ó sed de observación, me impulsan á seguir la triste comitiva.

Recorremos calles y plazuelas, subiendo y bajando cuestas y viendo engrosar la fila de almas piadosas. El coche se detiene ante una casa de pobrísimo aspecto, allá en los barrios apartados; baja el cura, entra, seguímosle todos.

El moribundo habita en el cuarto tercero de una casa de corredor, y á cada piso que subimos, oyendo el canturreo de las oraciones que va diciendo el ministro de Dios, van aparecien- en las puertas de los cien tugurios hombres nujeres con luces. Una chula con su pañuelo

encarnado en la cabeza sale con un velón; otra, vestida de luto, con un cabo de vela de sebo.

En este cuarto, un cabo de infantería, acompañado de una vieja, alumbra con una palmatoria de barro; en el de al lado, un hombre gigantesco, en mangas de camisa y sin zapatos, aparece con una lámpara de gas mille y se arrodilla persignándose. De aquí y de allá, como las cucarachas al sentir la presencia de la luz en una carbonera, se ven salir, adelantarse, deslizarse á lo largo del pasamanos, chiquillas desgreñadas, viejas con las cabezas envueltas en pañuelos de hierbas, albañiles embadurnados de cal, muchachas preciosas de ojos negros, cubiertas las cabezas con lo primero que hallaron á mano, y todos con algo que alumbraba, cirio, palmatoria, lamparilla, cerillo, bujía, velón de azofar, quinqué de petróleo y vela de cera. ¡Qué silencio! ¡Qué expresión de triste gravedad en todas las caras! No se olle sino el taconeo y el rozar de las suelas en los escalones. Así llegamos al aposento del que se muere.

Ya el olor de azucenas y albahaca lo denuncia con tiempo. Es un cuartito con una alcoba. El mobiliario es pobre; las paredes, forradas de mugriento papel, casi desaparecen ante los cuadros imaginados por el dueño. Hay en ellas cuatro escenas de *Mazepa,* con su leyenda en español y en francés; fotografías al daguerreotipo de un sargento y de una niña vestida de maja,

una banderilla usada, con la sangre ya negra, oxidando la punta; la piel de nn conejo, una canana y cuatro cromos de *La Lidia*, pegados sin orden ni armonía.

En medio, á la derecha, hay una cómoda que sirve de improvisado altar. Han puesto en ella un mantel con cenefa de puntilla, y encima dos jarras con flores frescas que desparraman un olor fuerte desarrollado ahora con el calor de tantas luces. Dos cirios con perifollos en el medio alumbran una imagen de la Virgen de la Paloma, con su manto negro y su aureola de plata en la cabeza. Cuatro sillas y un lavamanos verde completan el ajuar. A la izquierda se ve la cama, cubierta con una colcha de flores, limpia y alcanforada.

El enfermo está allí boca arriba, pálido y desencajado, repitiendo lo que el cura le dice. Al pie de la cama, de rodillas, sollozan y rezan su mujer y una niña. Llenando el cuarto estamos todos los parientes, los amigos, los conocidos, la señora del coche, su lacayo, los vecinos, yo... Mezcla imponente de pobres y ricos, de trabajadores y de viciosos, de humildad y grandeza que sólo interrumpen de cerca toses contenidas y chirriar de velas; de lejos, una disputa en la vecindad y el organillo de piano que suena allá bajo en la calle...

Y una vez terminada la triste ceremonia, suenan otra vez los pies y las toses más fran-

cas, vuelven á aparecer luces y vecinas y deshacemos todo el camino.

¿Quién es aquel hombre que va á morir? Nadie, á excepción de su parentela, lo sabe ni lo inquiere. Hemos cumplido todos un deber, nos basta. Obrero, soldado, ladrón, hombre de bien, trabajador, vago, lo mismo nos dió; pero sean cuales fueren las peripecias de la vida, no se muere solo. Le acompaña la piedad general, la cohesión de afectos y de amores que une y estrecha á esta gran familia española compuesta de dieciseis millones de parientes; familia perezosa, desordenada, tosca, violenta, ingobernable, díscola, aventurera y al parecer decadente y en realidad esclava; pero grande, muy grande en sus sentimientos é intimidades... Así pensaba yo recordando aún al agonizante y al llegar de nuevo á la plaza del Progreso, donde aún había corro alrededor del perro, porque también el perro inspiraba lástima al pueblo allí reunido.

Y un bestia, sin corazón, flaco y moreno, casi mulato, se acercó al can y le dió una patada en el hinchado vientre, exclamando:

—Anda, que á tí *también* te van á dar la unción.

Y una hermosísima mujer de las de tres pañuelos y ojos como la mora, rompió el círculo de curiosos y cogiendo al hombre por un braz y echándole contra un farol, dijo echando cen tellas por la vista:

—¡Deje usté morir en paz al animal, tío chulo, que parece usté un alfiler de cabeza negra!

Octubre, 1885.

¡Gloria!

GLORIA *in excelsis*!

Pasaron esos días de recogimiento y de luto, en los que mi Madrid, creyente y devoto, recorrió los templos, rezó el *Miserere*, vió pasar la procesión, depositó el dinero arrancado á las necesidades de la vida para cumplir con rumbo con las amigas que piden. Pasaron los Oficios y el Lavatorio y las Siete Palabras, y las mantillas de madroños por las calles, y las flores y piropos mezclados con los Padres Nuestros y *Aves María*...! Extraño conjunto de devoción y de vanidades, de ayunos y de exposición de caras bonitas, de comidas de vigilia y de paseo de enamorados! ¿Somos sinceramente cató-licos? ¿Va bien eso de salir de rezar la estación decir *ole tu madre* á la primera buena moza ue pasa?

Somos... españoles, madrileños ó sevillanos, charros ó maragatos, toledanos ó cordobeses. Vivimos de la fe que no ejerce y del culto á la forma, más griego que cristiano. Creemos en Dios, que es lo esencial, y vamos á la iglesia en los grandes días. Unos adentro á rezar ó esperar que la familia rece. Otros, á la puerta, á esperar que salgan las mujeres bonitas.

Durante dos días declaramos públicamente que no hay pueblo más religioso que el nuestro y renegamos de la falta de coches. Somos esclavos del culto hasta la Cibeles, y de allí en adelante vamos á los templos en tranvía. ¿Quién que no sea del país, podrá comprendernos? Allá en Sevilla cantan *saetas* al Redentor como las cantarían al más vulgar reo en capilla. Lo que importa es cantar y hacer culto del sentimiento: antes que devoto, todo el mundo es artista. La gitana le dijo al niño Dios la buenaventura; la gitana le saluda con místico cantar al verle pasar con la cruz á cuestas; la gitana le mece; la gitana le llora. En Madrid, las chulapas van en romería á visitar la Cara de Dios y se ponen todas el clásico mantón de Manila. Es la verbena sin la mazurka, pero verbena al fin; el pueblo sale, pasea, la mujer es siempre requebrada, el aceite hirviendo cuece los buñuelos y en el templo cantan los curas.

Todo esto es tan raro, tan híbrido, tan original y tan clásico, que no hay más que verlo

como es, sin comentarlo ni meterse en dibujos. Cada pueblo entiende la religión á su manera. Lo indispensable es tener una.

Y una vez pasados los días de silencio y de preces, y de santos tapados y de sermones en la iglesia á obscuras; una vez olvidadas las espadas de la Dolorosa, las *Siete Palabras* y las velas amarillas de las tinieblas, Madrid despierta, se despereza, sonríe, se echa á la calle... ¡Los coches ruedan, el ruido vuelve á ensordecer á los vecinos, las campanas se echan á vuelo, y la población celebra y canta á la vez la Resurrección del Señor, las primeras violetas, el fin del invierno, la corrida de toros.

¡A los toros! Ayer éramos piadosos, caritativos, humildes, silenciosos, frailunos. ¿Hoy? Hoy volveremos á inundar la calle de Alcalá, á gritos desaforados pidiendo caballos. Veremos morir con sanguinario afán al toro y al caballo y acaso al sér humano, y ébrios de entusiasmo, de ideales de cosas grandes, de ilusiones que no tienen nombre, de alegrías que no tienen causa, seremos otra vez la raza de la neurosis perpetua, del ansia de emociones, del culto del arrojo... ¡A los toros! En ellos se simboliza todo lo que nos queda, amor á la lucha, la idolatría del peligro, la adoración del coraje, el desprecio de la vida, el derroche del dinero... y como los epicúreos, diremos, sin saberlo, en cada voz, en en cada grito, cada *ole:*

—Vivams, comamos, porque mañana moriremos...

¿Qué nos importan los apuros del Estado, las angustias de la patria, el porvenir del país, las desdichas de la política, las crísis y los partidos? Cantemos y riamos y empeñemos la capa y gocemos un día. *¡Gloria!* Cuarenta años hace que nos dejan cantar así los que se nos comen y se nos beben; nosotros á cantar, ellos á repartirse lo que quede. ¿Necesidades? No las conocemos. ¿Penas? Para calmarlas están la guitarra y el carácter franco y sincero. *¡Gloria!* Cantad y reid, nos dicen los blancos, los rojos y los azules. Y nosotros, pueblo de poetas y de artistas, valientes sin ocasión, sóbrios sin mérito, devotos sin santos, multitud sin hombres, pobres sin necesidades, árabes de ayer, españoles de hoy, míseros de mañana, gozamos del sol, dejamos hacer; el viernes al sermón, el sábado á misa, el domingo á los toros...

¡A los toros! ¡Cómo ha de ser! Olvidemos un día que las cosechas se pierden, que el vino se regala, que el arte muere, que los lobos nos devoran, que el soldado no puede batallar, que la bandera está plegada, que la escuela está vacía, que el convento está lleno, que el horizonte se limita y que España envejece... ¡esta España tan llena de vida y de entusiasmos tan inútiles!... ¡Cantemos un día, corramos á la Plaza, corra la sangre, á lo menos tendremos un mo-

mento de expansión y de desahogo; y entre alegres y desesperados, gritaremos hoy ¡GLORIA! como quien pide agua muerto de sed, porque la gloria es la esperanza, la ilusión, el entusiasmo, la vida, todo!

1894.

Acuarela.

(PAIS VASCO)

ESTÁN las señoras?

—Señoras, ¿quién preguntas, pues?

Y así por el estilo, me pasaba anteayer el día, haciendo visitas, y estos honrados porteros vascongados me contestaban en esa lengua pintoresca que tanto me divierte, y que no es ni castellano, ni vascongado, ni nada.

Como en Rusia (ya en otro lugar lo he dicho), en esta tierra euskara, el servidor habla de tú al amo y el amo de usted al criado. El padre habla de usted al hijo y el hijo habla de *tú* al padre.

—¿A quién buscas?—me decían en San Petersburgo los criados rusos.

—A su amo de usted.

—¡Entra!

Aquí, la planchadora llega y dice:

—Mira, aquí tienes: camisa tuya, camisa niños, cuenta que doy, trese pesetas te quito.

Te quito.

En vascongado españolizado, quiere decir: *Te cobro.* ¿Vendrá del francés, *nous sommes quittes?* (Estamos pagados.) «Soy quito de la deuda», hace decir Cervantes á uno de sus personajes.

—*Te quito* trese pesetas—decía la planchadora.

Cuando el vasco aprueba, celebra, afirma alguna cosa, dice siempre:

—¡Me parese!

Aún no se ha olvidado aquel famoso discurso lanzado á la reina regente por el famoso Esquiña, la tarde en que, por causa de la lluvia, hubo que suspender el partido de pelota.

Era necesario anunciarlo, y á Esquiña se le confió la misión.

Y sin más ni más se plantó delante del palco regio, boina en mano, y á toda voz dijo:

—¡Su majestá reina regente: yo Esquiña; que porque te llueves se suspende el partido!

¡Sencillez de palabras y manera francota de hablar como se puede, á la buena de Dios!

Ahora que estamos pasando por una serie de temporales espantosos, exclaman los caseros:

—¡Qué *tiempos!* ¡Pero qué *tiempos!*

Es el ¡Oh témpora, oh mores!, aplicado á las costumbres del cielo.

Para decir que debe uno estar advertido de tal ó cual cosa, se dice:

—¡Con que ya estará usted *sobresabido!*

Sobresabido, no está mal. Saber *sobre* algo. La palabra pudiera entrar en el Diccionario. ¡Han entrado tantas!

—¡Usted siempre haciendo *rayas!* ¿verdad?—me preguntan mis amigos los caseros, á quienes voy yo á ver monte arriba por las mañanas!

¡Para ellos la escritura, la contabilidad, la literatura, la correspondencia particular, todo es *rayas!*

—¿Cuántos hijos hay en la casa?

—¡Siete, pues!

—Muchos son para gente pobre.

—¡Dios envía, pues! ¡Lo que te manda Dios, que coger tienes!

¡Qué contraste con la monomanía actual existente del otro lado de estas altas montañas azules, de no tener hijos!

—¿El año es malo, verdad?

—Para pobre todos años peores, creensia estoy así.

—¡Y siempre sin zapatos! ¿No cogen humedad en los pies?

—Costumbre hase nada, así andaba Nuestro Señor...

—Cierto es.

—¡Me parese!

—Buenos días.

—¡Adiós!

Este es el único, el regional saludo. El nombre de Dios, ni más ni menos. Por la cuesta abajo, por un caminito de helechos y amarillas flores del árnica, y por el que no puedo andar sin echar un pie delante de la punta del otro, veo la rubia vaca que sube lentamente hacia mí. El *pocholo* de ocho años va dándole varazos para que suba deprisa.

—¡Espera!

He de arreglarme de modo que la vaca pase sin caer y no me haga caer á mí.

Una vaca en estas comarcas, ya lo sabe nuestro gran Pereda, es toda la fortuna de una casa: la vaca es algo como la familia misma, sin ella no se vive, sin ella no se trabaja, sin ella no se produce, sin ella no se gana la vida.

—¡Espera!

Y el corpulento animal cree que se lo digo á ella y se para. Y así que ve que me siento al borde del caminito, con los pies colgando hacia fuera, para dejarle paso, á riesgo de pincharme con las zarzas y los arbustos mojados de la orilla, sigue su camino; y al pasar, me mira de reojo con sus ojazos saltones de gitana como para reconocerme, y va andando con sumo cuidado, á lo gran señora, y allá desaparece en la altura, mientras el chico dice:

—¡Adiós!

Que significa *buenos días*.

Y en la misma posición, sentado y con los pies colgando, contemplo todo el valle, con sus caseríos blancos, el río que va serpenteando, las yuntas de bueyes, y oigo el *¡Aidá!* que resuena á lo lejos. De una iglesita que veo en el fondo salen dos ó tres mujeres vestidas de negro. La campana voltea y llama á misa... ¡Qué paz! Allá, á lo lejos, se ve pasar el tren de Francia con su penacho de humo. Allá van los que buscan emociones, negocios, placeres... ¿Pues no estamos más tranquilos en este rincón de mundo? Paréceme ver á través de los azules montes todos los países que he recorrido en quince años...

Pasa la *casera,* descalza, con su espuerta llena de verdura, los brazos en jarra. Lo mismo pisa ella las guijas del camino que si fueran alfombras.

—¡Adiós!

—¡Hola, *Mariacho!* ¿Al mercado, eh?

—¿Ya vendrás por allí, pues? ¡Alcachofas tienes, apio también!

Mariacho y yo somos buenos amigos, porque yo, aquel de la gardenia y el *clac,* á quien tanto discutieron los que aún no le han entendido ni lo entenderán hasta que se muera, soy el amigo de todos los de abajo, habiendo vivido siempre entre los de arriba.

Y *Mariacho* en el campo es para mí lo mismo 'e la duquesa en la ciudad.

Es *casera,* productora, industrial, labradora,

rica hasta cierto punto. Su marido, su vaca y sus cuatro chiquillos, todos descalzos, no se morirán de hambre. Acaso con unas botas de casa *Ferry*, una *toilette* de *Doucet*, un sombrero salido de los talleres de *Viraud*, bien lavada, peinada y pintada, y en un coche de ocho resortes, acaso, repito, *Mariacho*, en el Bois de Boulogne ó en el Retiro, podría pasar, á pesar de sus cincuenta cumplidos, por una embajadora ó una *banquera*.

Dios lo dispuso de otro modo; y lo que *Dios da, que coger tienes*, como decía el otro.

—Bien, Mariacho, ya me apartará unas alcachofitas y me las enviará á casa.

—¡Ya te llevaremos!

—También querría unas plantas verdes de las que hay á la puerta del caserío, para ponerlas en mi cuarto.

—¡Ya te arrancaremos!

—¡Adiós, y buena venta!

—¡Adiós!

Chascando con los desnudos pies sobre los charcos de la lluvia de la noche, va desapareciendo y cantando. La campana sigue llamando á misa, y desde lo alto, los vecinos de todas las cercanías van acudiendo á la iglesia, casi todos vestidos de negro; parecen procesión de hormigas acudiendo lentamente al hormiguero.

Esta es la misa sincera, la que se oye por la

misa misma, sin pretensiones ni vanidades. No habrá en ella mujeres elegantes, caballeros que lleguen tarde, novios que se miren, niños vestidos á todo lujo.

No habrá, á la salida, conversación frívola ni chismografía insidiosa, ni corro de jóvenes que vayan á la puerta del templo á ver á las amigas: no; esta es expresión de la devoción sin mácula y de la fe arraigada en el alma, es la verdad, y... *verum est quod est*—dijo el santo.—¡Las diez! Los chiquillos bajan por el sendero hablando en vascongado, todos á la vez, y en dirección al valle.

—¿A misa?

—¡*Bay Jauna!*

—¡Yo también!

Allá me voy con ellos. Ellos van delante; yo voy detrás, como pasante de escuela. Gritan y ríen, y se empujan y se atropellan; y allá abajo ¡din! ¡don! ¡din! ¡don! la campana que nos llama á todos...

¡Qué alumbrada y qué vestida de nuevo está la Virgen del Valle, con su pañolito de encaje apretado en los rígidos dedos de las manos de madera! Las *caseras*, cada una con un rollo de cera amarilla encendida delante, están sentadas en el santo suelo, de negro vestidas, con el rodete negro á la cabeza. Están allí á cientos los mozos, robustos, fornidos, criados entre la labor del campo y la pelota, y llenan la iglesia en cinco minutos. Boina en mano, silenciosos, todos mi-

rando al frente sin ocuparse del vecino, oyen su misa con una devoción, que no se ve en los grandes templos ni en las catedrales de las ciudades; cuando llega el momento de la elevación hay un silencio tal, que no se oye la respiración de nadie.

No, no hay duda; la fe sincera, esa fe *heredada* inquebrantable, está aquí...

Ite misa est...

Y resuenan las mil patadas, las sillas que se arrastran y entrechocan, el chirriar de las suelas sobre el suelo... Ya en la calle, estalla la alegría del día de fiesta; saludos, risas, apuestas, convites, canciones...

—¿No es aquella la casa de Anchón, el de las hijas rubias?

—*¡Bay, Bay!*

A la puerta hay un mocetón componiendo una rueda.

—¿Está el amo?

Y sin volver la cara y dando martillazos, contesta:

—¡Toda la familia se ha salido!!

San Sebastián, Enero 1897.

El Sol.

(HIMNO EN PROSA VIL)

Pero, ¿qué hace usted ahí, cuando ahí no sucede nada?

Así me escribía hace ya una semana alguien que tiene derecho para preguntarme en tal tono y tal cosa.

—¡Pues qué he de hacer—exclamaba yo en una larga carta,—tomar el sol!

¡El sol! ¡El sol de España á ningún otro parecido, que me compensa de las tristezas de la tierra extranjera! ¡Quién me dijera, que ya perdida la costumbre de recibir su luz, había de venir á *beberla* como bálsamo de consuelo!

Tres y cuatro meses suelo pasar en París sin ue un rayo de sol penetre por los cristales de ıi ventana. ¡Siempre nublado! Cielo plomizo,

agua, nieve... el carácter se agria, la imaginación parece que se embota, las relaciones entre los amigos son frías... falta la luz, y la luz es la vida.

El inglés es flemático, padece de *spleen*, tiende al suicidio, vive en el aislamiento...

El alemán es taciturno, reflexivo, tardo en comprender, aficionado á la vida del hogar...

El ruso es ó señor ó esclavo, devoto, guerrero, como resultado de su mal humor...

Todos estos pueblos carecen de expansión. Les falta eso que á nosotros nos torna perezosos, y soñadores, y poetas, y nerviosos, y *peleones*... ¡cómo que somos hijos de un pueblo que siente y piensa hacia fuera, que vive de su alegría y de su bienestar, logrado con sólo mirar en derredor. El que la luz nos guía, nos manda, nos excita, nos trastorna, nos echa á la calle!

¿Quién puede permanecer encerrado trabajando cuando al abrir los ojos por la mañana se encuentra inundado de luz, y alzando la mirada ve el cielo más azul que puedan soñar los poetas?

Dijérase que el demonio de la pereza nos murmura al oído:

—¡A paseo!

¡Oh! sí, vamos á la calle, á esta calle tan fea, con sus casas desiguales, sus aceras estrechas, su piso que destroza los pies, pero inundada de sol, hasta el punto de que para el que viene de

fuera de España, es demasiado fuerte y obliga á entornar los ojos.

—Pero—se me dirá—también en los Pirineos hay hermosa luz, y en Italia y en Oriente, y en muchas partes. Algunos meses del año, aunque no tan brillante, luce el sol en París.

—Sí, no lo dudo; pero aquel sol no es el *mío*. Este es aquél que hizo hervir la sangre de nuestros padres; este es el que tomábamos de muchachos cuando evitábamos ir á la escuela; el que lucía cuando íbamos á ver la procesión del 2 de Mayo, la vuelta de los soldados de Africa, la entrada de Prím, las manifestaciones nacionales en los grandes días. A esta luz hemos imaginado nuestros libros y hecho nuestros versos; es la que llevan nuestras mujeres en los ojos negros que asoman por entre los festones de la mantilla; esta es la que da más olor á nuestras flores que á la de los demás países de la tierra, más jugo á nuestros frutos, más oro á nuestras espigas, más colores á las alas de nuestras mariposas. Sus rayos entran por las rejas del humilde templo, donde se reza sin aparato escénico y con íntima fe; bañan la losa donde los nuestros duermen el sueño eterno. Allá en París, las flores de la tumba de mi madre se marchitan muy pronto, porque las baña una luz prestada...

Déjame tiempo para gozar de lo primero que al llegar al país me saluda. Después vere-

mos los monumentos, y los hogares, y los amigos. Gocemos del sol, aspirémosle como un perfume... le he dicho varias veces á quien me quiere distraer de la contemplación del cielo *mío*.

«¡Cielo mío!» ¿No se llama así á la novia, enamorados? Y no se la puede llamar así sino donde el cielo es azúl y brillante como en España.

En cierta ocasión, oí decir anoche, un embajador español hizo llevar á París agua de España para servirla junto al vino en una gran comida.

¡Oh, quién pudiera llevarse luz y rayos de sol para tres meses!

Cuando amaneciera nublado, se abrirían los tubos en que la luz de España estaría guardada, y la gran ciudad se encontraría nueva.

Las grandes vías de comunicación resultarían más hermosas.

Los monumentos célebres más grandiosos.

Brillarían más las miradas femeninas; y el sol, dando en las piezas de oro tan adoradas por allá, las duplicaría de valor.

Sería, en fin, aquel, un verdadero sol de justicia, y un consuelo de emigrados, ya voluntarios ó forzosos.

No hay idea de lo que alegra el alma después de larga ausencia *la luz nacional*, según gráfica expresión de un compatriota.

Sin el sol, los regocijos de la multitud no serían nada. Suprimidlo en los toros, no hay ale

gría. Suponedlo ausente de las carreras, adiós animación. Coronación de reyes, manifestación popular, desfile de tropas, cita de enamorados en el campo... ¿qué son sin la presidencia indispensable de este padre común de los españoles?

La fábrica, el taller, el almacén, la mina, viven de la sombra y son peculiares de los países ricos y sensatos.

¡El sol es el amigo de los pobres! Alumbra con más intensidad en los pueblos que sienten y cantan. Sólo á nosotros nos era dado poseer este tesoro que se nos reparte contínuamente para que lo derrochemos sin tino. ¿Qué nos importa ni el pasado ni el presente, si no necesitamos nada?

—Las gentes andan en Madrid muy despacio por la calle—me decía un francés.

—Naturalmente. Van disfrutando de la luz que reciben.

—¿Acaso nosotros no tenemos sol?

—Sí, pero es *sol menor*.

—Pero trabajamos más.

—Por eso; porque no hay más remedio. Además, el sol es como la música, como la poesía, no basta admirarlo, hay que sentirlo. Disfrutar de él, al paso, á la vez que se va á despachar un negocio, es ofender á Dios. Yo tengo hoy muchísimo que hacer, me esperan en tal parte, he de acudir á una cita... ¡Nada! Amaneció con sol;

se inundó el alma de su luz, las flores se abren, las mujeres se asoman á las ventanas, suenan las charangas militares, las campanas se echan á vuelo, el termómetro marca veinte grados y estamos en Páscua. Patriotas, suspended el trabajo, admirar á la Naturaleza y sed españoles. A tomar el sol, ¡mañana será otro día! ¡He aquí un gran programa.

Diciembre 1885.

Los niños soldados.

BATALLÓN INFANTIL

De vuelta de París, y según mi costumbre, quise ver pasar por las calles de San Sebastián los soldados marchando á paso doble, con ese garbo tan nacional que hay que reconocer en ellos.

Un amigo me dijo:

—Vamos á ver maniobrar el batallón infantil y verá usted cosa buena.

Niños, pájaros y flores, han sido siempre tres grandes atractivos para mí. ¡Vamos á ver los niños soldados!

Acaso no lo querrá creer el lector ó se burlará de mí si le digo que se me saltaron las lágrimas al ver las maniobras de aquellos soldados diminutos. ¿Es la edad la que me convierte en sentimientos paternales las pasiones de ayer?

¿Es el tierno conjunto de los niños armados? ¿La luz que los inunda de dorados rayos? ¿Es tal vez el contraste entre el bravo coronel Ortega dando la voz de mando y los chiquitines marchando y haciendo el ejercicio con precisión admirable?

Yo no sé... había en este cuadro de costumbres locales algo á la vez de delicado y de viril, de tierno y de marcial, de infancia y de edad madura... Quien ha tenido la idea de formar este batallón, ha dado con espectáculo más original y á la vez más español que hayamos presenciado hasta ahora. La Comisión de festejos merece por ello sólo bien de la patria. El día en que la población y los forasteros vean estos cuatrocientos niños uniformados, marchando por las calles, lo anuncio desde ahora seguro de no equivocarme, el entusiasmo va á ser extraordinario.

Ha sido ministro de la guerra de este ejército liliputiense el Sr. Cárcer, pero ha hecho los soldados el coronel Ortega, que con una paciencia y una habilidad dignas de todo elogio, les ha enseñado desde el paso hasta el manejo del arma. ¡Ya era obra! Y sin embargo, al ver á los soldados, niños ahora, dijérase que llevan diez años de vida militar, y que así como Minerva nació armada con casco y todo, estos mucha chos parece que han salido al mundo con un fu sil al hombro.

¡Lo bien que ellos se mueven! A la voz de mando responde un solo golpe de cien culatas en el suelo. Hacen ya la esgrima de la bayoneta como soldados veteranos. La sangre española les empuja á veces á hacer más de lo que les piden. Les brillan los ojos, les bailan los pies, los hay que están nerviosos, y antes de que el coronel diga ¡atención!, ya echan el paso adelante. Son de una viveza tal, que hacen pensar en las condiciones únicas de esta raza nuestra para la milicia. Si no estuviéramos desde hace cincuenta años detestablemente gobernados, los hombres de Estado se hubieran fijado en el ejército antes que en nada, y seríamos, gracias á él, una potencia de primer orden, porque aquí todo el mundo es guerrillero, cada ciudadano sueña con un arma; en cuanto se presenta una ocasión de pelear, la nación entera se convierte en un inmenso ejército de voluntarios que piden ir á á pelear... Ahora se ve al contemplar á estos niños de seis, siete y ocho años; todos tienen aire marcial, todos sienten la sangre hervirles en las venas y marchan y maniobran y se cuadran y hacen lo que los soldados de veras, con entusiasmo admirable.

No había más que una compañía ayer tarde en la Plaza de Toros y por ella se puede calcu-r lo que será toda la fuerza junta.

Será brillantísima. El coronel logrará un ·ito tan legítimo como grande; y contrastando

con otros espectáculos de sangre, y caballos reventados, y vino y todas las interjecciones de la lengua, tendremos al fin este año un fiesta que será sonada y que nos inspirará á todos ideas grandes. En estas provincias del Norte, tan tranquilas, tan honradas, de tan dulces costumbres, hacía falta una diversión nueva que no fuese ni madrileña ni flamenca; que tuviese algo como para añadirlo al noble *sport* de la pelota, de las regatas y de la barra. La Comisión de festejos ha encontrado lo que los franceses llaman *el clou* de la temporada, el batallón de niños. Guipúzcoa ha querido como el Cristo, que los niños vengan á ella.

Entre estos soldados menudos los hay de todas las clases sociales, desde el hijo del capitán general, hasta el hijo del obrero. Todos iguales ante sus jefes, se han convertido en camaradas, y se codean y se tutean con gran espíritu de cuerpo. Vestidos de migueletes serán todos unos y se harán amigos. ¡Quién sabe si dentro de veinte años pelearán por la misma ó por distinta causa! Carlistas ó republicanos, nobles ó plebeyos, los padres han enganchado á los hijos en este banderín novísimo. Hay niños que han ído á inscribirse solos, sin consultar á la familia. ¡Y qué iban á hacer los padres sino dejarles! El hijo del general Polavieja está en este caso; ha hecho como su padre: ha querido ser soldado y lo ha sido.

El día en que aparezca el batallón por estas calles, verá el pueblo un cabo de gastadores de cinco años y una banda de tambores que da gloria oirlos. La población los saludará con delirio, porque no hay nada que interese más que los niños. Y á fe que si la mayoría de los espectadores es como yo, no sabremos qué hacer, si saludarles con todo respeto ó sacarles de la formación y comérmelos á besos.

Los que tengan la fortuna de ver á estos soldados, han de recordar de seguro que al hablar de ellos así no exagero nada.

San Sebastián 1894.

Ruidos nacionales.

Sí; hay ruidos nacionales para el viajero que es del país, que tal es mi caso...

Porque así que se ha concluído el viaje silencioso, y ceremonioso, que se hace leyendo y sin hablar con los compañeros de vagón, y se entra por el puente que separa un país de otro, ya comienzan á oírse voces y sonidos, que son como el himno conque recibe al que vivió ausente de la tierra en que nació.

Voceadores de periódicos vascongados ó madrileños, chiquillos que gritan, campanillas que anuncian la salida del tren de otra manera que por allá; y esa romanza (porque es una romanza cantada por un tenor con boína á lo Gayarre) que dura cinco minutos con sola una frase:

—¡Seeeeeeeeñorés viajeroooooós al trééééén!

—Ya estamos en España, puede uno decir, y desde aquel momento oirá en cada estación rui-

dos distintos. La lotería vendrá á saludarle á Miranda, por la voz de un chicuelo que vendrá á ofrecerle el décimo inevitable. A las ventanillas del vagón le gritarán: *¡Correspondencia! ¡Imparcial! ¡Liberal!* En tierra de Castilla, la voz de tiple cortada, insistente de las lecheras, le gritarán en el silencio de la noche: ¡Un *botijo é leche!* y en El Escorial, nueva cadenciosa música de los que repiten cuarenta veces en cinco minutos: ¡Pastillas y bombones de la fábrica de Matías López!

Acaso oiga el bordón de El Escorial tan imponente y tan sonoro, pero con la sonoridad solemne de otros tiempos; y cuando llegue á Madrid, como yo, entonces si ha corrido mucho mundo, podrá observar que sólo en Nápoles, ciudad un tiempo española, hay tanto ruido como aquí.

En París, Londres, Berlín, Viena, no suenan las fustas, ni gritan los cocheros, ni retiemblan los pedruscos de la calle como en mi capital de España, de esta España tan risueña y tan sonriente.

Una vez instalado en el hotel ó en su casa, el recién llegado tendrá por la mañana dos sorpresas. Yo las tengo todos los días al despertarme, ó por mejor decir, las sorpresas me despiertan á mí. El sol, que se me entra por l rendijas de la ventana, y los vendedores madı leños que no quieren que duerma.

¡No, no quieren! A las ocho indefectiblemente, pasa el que ofrece á gritos la caza.

Y va repitiendo con voz de mando:

—¡El conejo!

—¡La liebre!

—¡La perdiz!

—¡El cabrito!

Pero tiene un concurrente que si no grita como él, en cambio me ha tenido muerto de curiosidad ocho días, porque no pronuncia claro. Este vende... *¡pajaritos peláos!*

A lo menos el de los bollos no se muerde la lengua:

—¡Bollos! ¡Bolleroó!

Y viene á recordarme los bollos de la infancia, los bollos de la Universidad, los bollos con las amigas en el Prado, hasta los bollos que hacen las pedradas en la cabeza...

El requesón tiene algo como la marcha de *Cádiz*. Yo creo que el sol no saldría en Madrid en el invierno si le dijeran que el requesonero estaba malo. Van juntos, se compenetran, representan los albores de la primavera. Ni el sol de Madrid se parece á ningún otro sol, ni el requesón puede ser más que el de Miraflores, y al oirle pregonar, desde la cama, me trae á la memoria mañanas de aquel entonces, cuando reén casado oía yo al requesonero, oyendo al ismo tiempo ternezas.

Y luego venía, como ahora, la pareja de cie-

gos con la guitarra. Esos dos, marido y mujer, que echan una hora en pasar la calle y al compás de la vihuela van diciendo coplas religiosas. La devoción cantada es exclusivamente española. Al compás de la jota, la ciega echa sus vivas á Dios y á la Virgen, como se los echa el pueblo á sus reyes ó á sus héroes populares. Y van juntos la idolatría y la fe con aquello de:

Viva el sol, viva la luna,
viva la Virgen del Carmen,

y acaban diciendo que viva todo el que tiene buen corazón; y se oyen caer los cuartos, rebotando en la acera, porque aquí no hay dinero para muchas cosas baratas de primera necesidad, pero nadie deja de echar, ni en el cepillo de las ánimas, ni al ciego que canta, ni al organillero que toca los valses.

¡Ese organillo! Se maldice de él, pero cuántas cosas recuerda, y qué melancolía nos ha infundido á todos en ocasiones determinadas! Cuidando á un enfermo, ó al caer de la tarde, mientras se encienden las luces, pensando en mil cosas hondas; ó al lado de la novia y de su madre, que hacían labor; ó á la mañana, como me sucede á mí ahora, recordándome la mazurka de mis años de estudiante...

¿Y ese coro de niñas, que á los egoistas ó á los malos les enoja, y que en estas mañanas de

luz deslumbradora parecen coros de ruiseñores?

Arroyo claro,
fuente serena...,

y cantan y gritan, libres y dichosos, en medio del arroyo. Se vé que hay en nuestro país muchísimos más niños que en ninguna otra parte, y que andan sueltos y tienen la ciudad por suya como los gorriones del campo.

¡Todo el mundo canta en Madrid! Cantan los felices y los desgraciados, los niños y los grandes, canta el cielo y canta el suelo. De cada balcón de los patios salen coplas, porque no hay Maritornes que sepa hacer su cocina sin cantar, ni obrero que no se consuele de sus diez horas de trabajo con sus seguidillas ó sus jotas. La jota es el quita-pesares nacional y el *consolatrix aflictorum* del pueblo. ¡Qué sinfonías en los lavaderos!

No hay más que irse por detrás de la plaza de la Villa y recorrer el Madrid viejo, para convencerse de que estos ruidos madrileños son tan característicos como la mantilla y el abanico. Leía yo ayer los proyectos de urbanización que acaba de escribir Arturo Soria, el cual, no por ser mi pariente cercano, he de dejar de echarle piropos. Todo lo que se propone hacer en Madrid es grande, y con sus planes de camino de hierro de circunvalación, grandes vías, parques

y jardines, hará, Dios mediante, un Madrid nuevo y hermoso, como lo es ese que comienza en el Prado. Santo y bueno; pero el que á mí me gusta por su carácter, aunque sea mal sano y antiguo, es el otro. Aquél donde se oyen las campanas de San Andrés, y las cornetas de los cuarteles, y el martillo sobre el yunque, y las seguidillas manchegas; el Madrid del guitarrillo y de la parada.

Esa parada con las charangas, que tocan los aires popularísimos de Chueca y los pasos dobles que hacen correr á los soldados, es para mí el complemento, la coronación gloriosa de los sonidos de la calle. ¡Oh músicas gratas al corazón, ruidos molestos para el vecino de todo el año, con qué placer os vuelve á oir el que viene de lejos!...

Y aun el són triste y místico de la campanilla que anuncia el Viático, me recuerda la fe que sostiene y el culto que no muere, cuando la oigo seguida del són precipitado de los balcones que se abren, porque las mujeres, madres, hijas ó esposas, han oído que «pasa el Señor» y alumbran su paso... El pueblo parisién, decía anteayer un gran periodista francés, no cree en Dios, y necesita fanatismo, amuletos, cosas estupendas á que rendir culto, y por eso ha dado ahora en idealizar á los enemigos de la sociedad, yendo en peregrinación á sus tumbas...

Nuestro pueblo cree en Dios, se trata con él,

y Dios sale á la calle, y con esa campanilla que suena tan acompasadamente, tan triste, cuando pasa por delante de nuestra puerta, ¡nos llama...!

1894.

Feroces.

—¡MARIACHO!

—*Jauna.*

—Vaya usted á la papelería de la esquina y tráigame papel y sobres.

—*Bay, Jauna.*

Y salió *Mariacho* y se llevó al perrillo. *Chirichi* le llama; es un animalito que la quiere como á una madre. La expresión no es ni exagerada ni caprichosa, porque María, cuando el perrillo nació, le dió el pecho un mes.

A los diez minutos de salir de casa volvió la pobre con el perro en brazos y llorando. El animalito estaba con los ojos en blanco, temblando y moribundo.

¿Qué había pasado?

Lo de costumbre; un muchacho, á la puerta de la papelería, le dió una patada al perro que lo dejó medio muerto.

¿Por qué? ¿Le había atacado? ¿Mordido? ¿Molestado?

Nada de eso. Se hace el daño por hacer daño. ¿No he visto yo desde mi balcón al gran *Turco*, el hermoso perro del impresor, un terranova magnífico, pacífico, guardián tranquilo de la casa, tendido al sol de la imprenta, recibir una terrible patada de un bárbaro del Norte?

El perro dormía en la acera. Pasó un hombretón, le miró, y le hundió su enorme pie en la cabeza.

¡Y los chiquillos y la niñera se rieron mucho! En verano perseguíamos un amigo y yo á los muchachos que se entretenían en matar golondrinas. No se les ha ocurrido á sus padres decirles que la golondrina es un pájaro sagrado en todos los países del mundo.

Vienen los días de nieve. Alicaídos y buscando que comer bajan los míseros gorriones á la calle. Estos pájaros son los amigos del hombre en toda Europa, tienen costumbre de que les echen pan los niños, en los jardines públicos. En Alemania, en los *restaurants* del campo, llegan hasta muy cerca de las mesas porque saben que los concurrentes les han de dar algo. ¡Y luego sorprenderá que personas ilustradísimas, letradas, cristianas, y que pasan por tener buen corazón, digan públicamente que si hay martirio en las prisiones donde se encierran los enemigos de la sociedad, *debe haberlo;* y que debían

atormentarles, y atenazarles y emparedarles! ¿Pero no hay una ley? ¿No basta la muerte? ¡No señor, exclaman, sin comprender que el martirio produce millares de nuevos sectarios; hay que hacerles *pedazos!*

Eterna nota característica de nuestra manera de ser. A los cinco años nos llevan al tendido de la plaza de toros, nos acostumbran á ver á los caballos pisándose las tripas, á los picadores medio muertos, á los espadas con triste frecuencia muertos del todo... Vemos todo esto convertido en fiesta y alegría; oímos en la mesa, en la escuela, en la reunión de familia, relaciones de guerras civiles, horrores de los cabecillas, proezas de hermanos contra hermanos. Leemos en la Historia de España narraciones de autos de fe, de crueldades espantosas en los Países-Bajos, de hecatombes de indios en Méjico y en el Perú por los conquistadores. Nos llevan el día consagrado á la memoria de los difuntos á ver á Don Juan Tenorio contando sus mil crímenes, seduciendo monjas, insultando á los que mató en el mismo cementerio. ¡Oh, qué bonito! Nos educan para *feroces*, y así hemos sido siempre, y por *feroces*, perdimos la Flandes, y las Colonias, y las provincias de Europa, y las que nos quedaban!

—¡Ah, señor cura!—le decía yo á uno que es nuy amigo mío y con el cual doy mis paseos en invierno.—¡Qué pena me da ver que los niños

tengan gustos feroces, no solamente aquí, sino en toda la nación! Véales usted, todos jugando al toro y á la guerra...

—Tiene usted mucha razón—decía mi respetable amigo,—pero como aquí vivimos entre corridas y guerras civiles...

¡Y luego nos espantan los que defienden y propagan todo lo contrario! Feroces éstos, feroces aquéllos, *fanáticos* todos. A centenares echó liberales á la sima aquel que aún vive, y á centenares quiere matar ciudadanos el que arroja la bomba...

Matar por matar, hacer daño por hacer daño.

¡Matar! ¡Oh que placer! Ahora es el paso de las palomas y las tórtolas en Echalar. Van de Francia á España buscando calor, pasan á millones, obscurecen el sol. Y allá van miles de cazadores á *matarlas* por legiones, fiados en que Dios no hará un milagro y convertirá á diez ó doce de ellas en toros bravos.

Matar por matar, hacer daño por hacer daño... y sobre todo *impunemente.* Ahí está el perro grande, dormido al sol; ¡darle una patada! Ahí va el espada á trastear su toro, ¡á ver si hay *hule!* Ahí han cogido á un fanático rojo, que será confesado tal vez por un fanático negro. ¡Que los hagan pedacitos y los quemen!

¡Y después, todos á la misa de doce, y todos discípulos de Cristo!

Y á la tarde, á bofetadas por una barrera, á

enronquecer pidiendo más *caballos;* y al día siguiente, á leer en el programa del concierto: *Preludio de Lohengrin,* y de diez señoritas hay nueve que dicen:

—¡Tarde de *latas!*

Chirichi ha muerto. Mariacho llora...

San Sebastián, 1897.

La Plaza Mayor.

Oh, Dios mío,—decía yo ayer paseando por la plaza Mayor, donde ya comienzan á alzarse las barracas y los puestos de Navidad,—conservadme este sentimiento, que ni el tiempo ni la distancia han podido amenguar, porque es como el amor filial, porque es el amor á la patria!

En las varias biografías que he hecho aquí ó en el extranjero de Emilio Castelar, siempre he recordado el culto que este gran compatriota rinde á las tradiciones y fiestas populares. El Jueves Santo, la Noche Buena, la Páscua, el último día de año... Parecen nimiedades éstas que alguien llamaría reminiscencias de la infancia. No, no lo son; y aquel que no las conserve, uien no se conmueva á cada reaparición de uestras costumbres anuales, no merece el ombre de patriota.

En París no existe, ó por mejor decir, no se celebra la Noche Buena. El día 24 de Diciembre es un día de trabajo como otro cualquiera. Por la noche algunos parisienses van á la Misa del Gallo y promueven el mismo escándalo que los españoles aquí. En algunas casas se hace el *reveillon*, es decir, se pasa la noche en familia, ó entre amigos. La gran solemnidad de aquel país es el día primero del año.

Pero entre nosotros, la Noche Buena es un acontecimiento á la vez religioso y popular, que comienza muchos días antes del 24.

Esta plaza Mayor convertida en feria de pastores y de nacimientos, de frutas y comestibles estrafalarios, de esos que sólo se ponen á la mesa una vez al año; de chicharras, panderos, zambombas y rabeles... ¡Oh cuántos y cuán dulces recuerdos despertó ayer en mi corazón y con qué íntimo placer la recorrí de un lado á otro...! Parecíame que mi madre me acompañaba y que nos seguía la vieja criada con el ancho capacho que habíamos de rellenar de cuanto Dios crió...—Esto para los criados.—Esto para los parientes.—Esto para los pobres... Y de un puesto á otro íbamos comprando aquí, allá, el turrón de Jijona, los peros de Ronda, las uvas de Chelva, las castañas para asarlas en el brasero ó en la chimenea al amor del fuego...

Después los pies se me pararon delante de los

nacimientos de barro, con los pastores hechos á pellizcos según están de deformados y contrahechos, con los ojos como los japoneses y el cutis colorado y las zamarras de yeso sembradas de chafarrinones negros, y el San José con su aro de hierro en la cabeza por aureola y los corderos y la vaca, y allá en el monte de papel de estraza, pintado de color de chocolate, los reyes magos bajando á caballo uno tras otro, cada cual de un color y con sus coronas doradas, tan incómodas para viajar en invierno...

Detúveme luego delante de los puestos de panderos y de panderetas, donde los vendedores ofrecen la ruidosa mercancía tocando con manos y codos sobre el pergamino y adelantando las canciones que hemos de oir dentro de cuatro noches...

Carrasclás que niño tan guapo,
carrasclás que gordito está.....

Y alrededor de estos bazares ambulantes, los soldados y las niñeras levantan en alto á los chiquitines y haciéndoles bailar al són de las músicas populares; los gallegos interrumpiendo el curso del agua y deteniéndose con la cuba al hombro para oir también. Los padres con toda la familia en torno suyo, la vendedora de periódicos y el chulo madrileño sin oficio ni beneficio, ése que está en todas partes y acude á todo...

¿Pues qué diré de los puestos de piñones, bellotas, peladillas y cacahuets, alumbrados por un farol de papel y colocado sobre los *estrechos* que en amarillos y colorados pliegos de papel esperan la llegada de los enamorados que han de comprarlos, recortarlos y ponerlos en un sombrero para decir indirectamente piropos y ternezas á aquella linda persona con quien *caigan*? Benditas aleluyas que me recuerdan alegres juventudes, coplas *atroces* como literatura, pero encantadoras por la intención ó por lo enrevesado del estilo:

A la que me está mirando
le diré sin aprensión (!)
que hace tiempo está penando
por ella mi corazón.

Y este otro que dice:

No me regales nada
porque no es justo,
regálame el oído,
que me da gusto.

Estrechos, y pitos de cristal con claveles *contrahechos*, como dicen en Andalucía; almendras *bañadas* y rosquillas blancas, mantequillas de Soria, enormes culebras de mazapán enroscadas dentro de las cajas que vienen de Toledo, y todo esto vendido, pregonado, vociferado por

nuestro pueblo, con sus múltiples vestimentas de color local especialísimo... feria á la vez humilde y grande porque es la fiesta anual de algo que no se pierde nunca ó sea la tradición del niño Dios poetizada en músicas populares y ruidos de la calle, alegría franca de gente sencilla... es la patria en una de sus manifestaciones más esenciales y más encantadoras.

Se me dirá que hay algo de infantil en conmoverse con estas cosas. Puede ser, pero declaro mi debilidad y aun me vanaglorio de ella. Recuerdo, al recorrer estos cajones de madera, la Exposición Universal, la inauguración del Canal de Suez, los grandes concursos anuales del trabajo en el Palacio de la Industria, todo lo que he visto y presenciado de veinte años acá, magnífico, rico, fastuoso, representación de la industria moderna, del invento perfeccionado, máquinas, instalaciones, fábricas inmensas, palacios y hoteles, boulevares, avenidas, puentes, viaductos, fiestas del trabajo... Todo eso me produjo la admiración y el asombro; pero no el íntimo placer de la feria urbana, tosca y abigarrada, que ayer comenzó, y por entre cuyas barracas iba el alma evocando recuerdos y haciendo la poesía que todos llevamos dentro de nosotros mismos...

Y es que el campo más fértil de la tierra es aquél en que corríamos en los primeros años; que no hay jardín más oloroso que aquél en

que nacieron los primeros amores; que la capital más grande y más adelantada del orbe no se puede comparar con la aldea en que oímos por primera vez cantar las glorias de nuestros padres; que no hay campanas que suenen como las del templo en que nos llevaron de niños á rezar, ni música moderna que arranque lágrimas como la de la guitarra aquella que volvemos á oír en la soledad de la noche, en tierra amiga.

¡Oh! La plaza Mayor, las zambombas y los panderos, el mazapán y los pastores, las canciones del pueblo que canta en nuestro idioma, el día magno, en que va á nacer Dios y en que sentados á la mesa celebrarán los hijos y los padres un año más de paz y de alegría. ¡Oh, exposición universal y constante de afectos y de devociones inquebrantables y santas y arraigadas!... ¡Oh, madre patria, oh, madre mía!...

Diciembre 1885.

El hombre del camino.

SIGUIENDO la vía férrea, á lo largo de los rails, por un camino *prohibido*, pero que á mí me permiten recorrer los guarda-agujas, porque ya tienen costumbre de verme dar por allí mis solitarios paseos, voy y vengo rey de mis soledades, cortando ó arrancando flores del campo, mil veces más bonitas para mi gusto que las de los jardines.

Por entre esas dos líneas paralelas que forman los rails, brotan la flor amarilla del árnica, el modesto *miyosotis*, las blancas margaritas silvestres; por las bardas de tal finca lindante con el camino de hierro, asoman de trecho en trecho las azules campanillas ó las blancas rosas de todo el año, y me permito robárselas al dueño, considerando que este es pecado venial y que á nadie han preso por robar flores. Allá en lo alto

de la casa de cuatro pisos, con su gran balcón volado, desde donde ven pasar el tren las madres con los hijos en brazos, que saludan á las locomotoras, aparece la conocida de mis tres inviernos de campesino.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

En este país no hay más saludo que ese, adornado á veces con elogios del tiempo.

—¡Adiós, Ramontcha! *¡Egualdi ederra!*

—*¡Ederra!*

Sitios hay en los cuales, si el tren pasara, me arrollaría y me haría pedazos; pero yo sé sus horas y sus costumbres, y calculo las distancias de manera que, al pasar junto á mí, quede espacio bastante para poder saludar al maquinista Ambrosio, que va más ufano en su máquina que un general al frente de sus soldados.

—¡Adiós, Ambrosio! ¡Buena marcha!

—¿Quiere usted subir?

—¡Gracias!

Los alambres que bordan la vía tiemblan y resuenan. los carbones desprendidos de la caldera humean, queda en un espacio de cien metros un vaho de humo y de olor á carbón de piedra; y en seguida... la soledad, el silencio, las margaritas balanceándose á impulsos del viento de otoño, y allá lejos, el martillo del herrero en el yunque....

En medio de ese camino férreo y apoyado en

un dosel de zarzamoras, hay un banco de madera, un verdadero sofá, con su respaldo y todo.

Es mi banco, mi confesonario, mi mesa de trabajo... En él he imaginado muchas cosas, leído muchas cartas de familia, recordado el ruído y el bullicio de Madrid... Ahora estarán vociferando en la Cacharrería del Ateneo, discutiendo en el salón grande del Casino, bromeando en el *Veloz*, peleándose los adversarios en el salón de conferencias... Y aquí, qué hermoso aislamiento, qué dulce paz, al són de la esquila que llama al rosario en el pueblecito aquel del monte...

Mi banco de madera iba yo buscando ayer tarde; y con ese egoísmo del que cree que todo el campo es suyo, y tiene la costumbre de aprovecharlo sólo para sí, á veinte metros antes de llegar al rincón adorado, ví que en el banco estaba sentado un hombre.

Sin saber quién era, ni cómo era, le tomé aversión. Para mis adentros iba llamándole intruso y forastero. ¿Quién es éste, que así se apodera de *mi* sofá campestre?

Llegué, le ví de cerca. Era un sér harapiento, medio descalzo, sucio, asomando las rodillas por los agujeros del pantalón, mal cubierta la cabeza por una boína sebosa y teniendo junto á él, en el banco, un saco lleno de algo que parecía todo un equipaje.

Estaba comiéndose un pedazo de pan y un gran trozo de queso. De vez en cuando cogía

una botella que tenía entre las piernas, la levantaba en alto y bebía en ella. Después se limpiaba los labios con el dorso de la mano, tornaba á comer, y entre bocado y bocado, cantaba entre dientes una copla de jota navarra.

Si crees (pensaba yo acercándome á él) que vas á quitarme así ni más ni más el derecho á mi banco, ¡te equivocas!

Y sentándome junto á él, no de muy buen talante, le dije:

—Buenas tardes.

—¿Usted gusta?—me dijo.

Aquella amabilidad me desarmó.

—Muchas gracias—le contesté.

—¿Hay apetito, eh?—añadí.

—Sí, señor: yo siempre lo tengo. Gracias á Dios, en sesenta y dos años que voy á cumplir no me ha faltado nunca.

—¡Hola!

—Lo que me ha faltado siempre ha sido el dinero *pa* comer; pero lo que es las ganas...

—¿Hay poco trabajo, verdad?

—No sé decirle á usted, yo no *hi trabajao* en mi vida.

Trabajador infatigable, esclavo de la labor cotidiana desde que tengo uso de razón, declaro que la brutal franqueza con que el hombre del camino me dijo aquella frase, conmovió todo mi sér.

—¿Pues cómo ha vivido usted sesenta y dos años?

—¡Pues pidiendo!

—¿De modo que prefiere usted ser mendigo á trabajar? ¿Hace usted profesión de pedir?

—Sí, señor. Como que en este mundo el que trabaja es el que paga el pato.

Al decir esto sacó del talego dos melocotones y una navaja, y se puso á mondar uno tranquilamente.

—¿Pero no comprende usted que es vergonzoso?...

—Más vergonzoso es trabajar para no poder vivir. Mi padre era peón de albañil, no podía con el gasto de la casa, la mujer siempre enferma, cuatro hermanos que éramos, siempre á bofetadas con el hambre... Un día, á los doce años, me escapé de casa y me fuí á pie desde Arrieta á Pamplona. Al llegar á Pamplona ya tenía catorce reales. Y dije yo: ¿Con que tu padre gana cinco reales al día trabajando y tú en un día pidiendo, sacas catorce? ¡Pues ya tengo oficio! Y así llevo cuarenta y ocho años, y tan campante.

—Pero tiene usted que vivir á salto de mata, dormir al raso, ser perseguido...

—Es cuestión de costumbre. Si usted duerme esta noche en este banco, cogerá usted unos dolores. Y si á mí me mete usted en una cama blanda, no duermo. Yo ni pago casa, ni pago

contribución, ni tengo que mantener familia, ni le hago daño á nadie. Con dos ó tres pesetas en el bolsillo, soy rico. ¿Vé usted este saco? Pues aquí llevo pan y comida para cinco ó seis días. ¿Que hace buen tiempo? Pues á dormir á la fresca. ¿Que hace malo? No tenga usted *cuidao*, que nunca falta un alma caritativa que le da á uno un rincón en la cuadra ó con las vacas, que está siempre *abrigao*; lo únic) de malo que hay es la manía, la infamia de perseguirle á uno por reo. Yo no me canso de decírselo á la guardia civil. Yo hago de mi *presona* lo que quiero, no hay derecho para obligarme á trabajar si no me da la gana. ¿Que me muero de hambre? Pues por mi gusto será. ¿Que no trabajo? Pues de sobra hay gente que lo haga. Las leyes están muy mal hechas. ¿Si hubiera pobres á millares, otra cosa sería!

—A ver, á ver; explíquese usted...

—¡Pues es bien claro! Hace pocos días me encontré, de paso, en medio de una huelga, y les decía yo á los huelguistas: ¡Pero es meneste· que seáis *negáos!* Andáis batallando sobre el precio del trabajo y sobre las horas, y tal y cual y estáis siempre lo *mesmo*. ¿Quién me manda á mí, ni qué *nesecidá* tengo yo de reglamentos ni de nada? ¡Echaros todos á pedir limosna! *Mist*, cuando hay que rocoger pobres en Madrid, ó (Barcelona, ó así, ¿cuántos recogen? *¿Quiusté* qu sean mil? ¿Dos mil? ¿Tres mil? ¡Pues eso no e

nada! El día que pidan limosna, juntos, cien mil, doscientos mil, un millón, ya verá usted cómo se arreglará todo. ¡Ya les darán de comer, ya! ¡Como me dan á mí!

¡Extrañas teorías!

—Pero eso de perseguirnos á unos pocos porque disponemos de nuestra persona como queremos, eso es una *brutalidá*. ¿Conque yo vengo á ganar en invierno de seis á siete reales pordioseando, y en verano, sabiendo buscar los sitios buenos, cerca de un duro, y *usté* guardia civil *quiusté encerráme*, ó hacerme trabajar *pa* ganar triste peseta y media? ¿Pues que *libertá* es esta? ¿Qué gobiernos son estos? El mundo es *mío*, el campo es *mío*, ¡si á mí me gusta dormir en un banco, ó *pasáme* la vida por los montes, eso es cuenta *mía!* Lo mismo que estos que escriben en los papeles y se meten á defender cosas que no saben, y á insultar á mis parroquianos los ricos, y á querer arreglar al mundo... El otro día me encontré un diario en un camino, aquí lo tengo, haga *usté* favor de ver eso...

Y sacó del bolsillo un periódico y me lo dió, y ¡oh, Dios mío!... me enseñaba... ¡¡un artículo mío!!

—Lo que es el que ha escrito eso—decía mi hombre mascando un pedazo de melocotón—no ıbe lo que trae entre manos. El año de la Exosición de Barcelona nos juntamos dos naırros y un aragonés y nos fuimos á pasar la

temporada en *sosiedá*, y fué raro el día que no repartimos á treinta reales cada uno. ¡Le apuesto á usted lo que quiera á que el que ha escrito eso no los gana!

Me levanté indignado.

—¡Adiós!—le dije.—Usted no tiene dignidad.

—Ni *nesecidá*. La *dignidá* es *pa* los que tienen rentas, que lo que es uno, aunque la tenga por cahíces, si no recoge un par de reales, bastante hará con ella.

Y al ver que me marchaba:

—¿No tendría usted por ahí un par de perras sueltas?

—Para usted, no.

—Ya, ya veo que no le ha *gustao* á usted lo que *hi* dicho; yo me tengo la culpa, si *hubiá* mentido y le *hubiá contao* que tengo cinco hijos ó que no había comido en tres días, en seguida *hubiá* usted *echao* mano al bolsillo... Pero yo, señor, soy navarro, me revienta mentir... Vaya, hombre, ¿qué le importa á usted darme dos ó tres perras? Con eso tengo yo *pa* comer dos días, y á usted ni le quita ni le da esa *miaja pa* un pobre... Vivamos todos, que el mundo da vueltas...

¡Se las dí! Soy tan débil, que se las dí. Y el hombre, echándose el saco al hombro y lazando por la boca un ruido brutal de estómago satisfecho, echó á andar diciendo:

—Dios Nuestro Señor se lo pagará. ¡Adiós, caballero!

Obscurecía.

Le ví partir, tarareando su jota navarra. Volví en sentido contrario á la ciudad, en la que ya se veían brillar las luces de las casas...

—Cinco ó seis años hace—iba yo pensando—que con mi campaña humanitaria estoy buscándome disgustos, contrariedades, enemigos poderosos, críticas, desengaños y amarguras... ¡Dios mío! ¡Si resultará de todo esto... que el que tiene razón es ése?...

¡No, no puede ser, sería muy duro!

San Sebastián, Enero 1899.

Mantillas y paveros.

Días alegres, días nacionales, estos en que las mujeres españolas se acuerdan de que aún hay mantillas en el fondo del arca y las sacan y se las ponen y pasean con ellas por esas calles partiendo los corazones!

Es necesario que llegue el Viernes Santo para ir á la iglesia con las clásicas blondas negras en la cabeza, y es preciso que se anuncie la primera corrida de toros, para que vuelvan á aparecer las blondas blancas...

¡Dos ó tres días nada más! Después... el *chapeau*, el *gorro*, como decían nuestras abuelas que fueron las primeras en seguir la moda francesa, y suprimiendo aquellos tentadores zapatos con galgas y aquellas mantillas á caballo en las *peinas*, fueron quitando poco á poco carácter á la indumentaria española. ¡Qué lástima! Cada

país debe tener su color propio, y es un dolor que sólo en días señaladísimos nos acordamos de quiénes somos y de cómo somos.

Decía el cardenal de Toledo anteayer, que no se explicaba la supresión de las santas ceremonias de Palacio en los días tradicionales. Este cardenal, tan español, tan encarnado en nuestras costumbres piadosas,, no ha querido reconocer la causa de fuerza mayor por la que se han suprimido cosas que son más ineludibles que las leyes, supuesto que están consagradas por la costumbre en un país como el nuestro, archicatólico. ¿Qué dijera si al entrar en su catedral no viese sino sombreros con plumas de gallo adornados de pajarracos y de plantas exóticas, en vez de aquel *manto*, ya sea pañuelo en la cabeza de la tosca aldeana, ya mantilla de encaje de Talavera en la cabeza de la gran señora? *Mantos* piden las cabezas de nuestras mujeres; mantos, ricos ó pobres, mantillas ó velos, crespones ó blondas, pero algo que nos ligue á nuestro pasado, que nos haga mantener vivos los usos y costumbres que son nuestra fuerza moral. ¡Oh, qué hermosas estaban ayer y anteayer las madrileñas con sus mantillas de madroños y sus claveles por bajo de las ondas bordadas! Escalofrío da pensar la cantidad de mantillas y paveros que á estas ho ras se verán por las sevillanas calles, y con lucirá allí el rumbo español, con asombro y e

canto de los extranjeros que acuden á verlo de luengas tierras.

Allí van juntas la devoción y la sal femenina, a *gracia de Dios*... en la *tierra de María Santísima*; porque es de observar cómo el pueblo en su lenguaje familiar y pintoresco, funde lo divino con lo humano, y hace del amor, del requiebro, de la pasión, una cosa esencialmente cristiana. *Macarena* es allí la Vírgen, y aquí hay que ir á *la cara de Dios* con mantón de Manila. La hermosura y la devoción van á la par hasta en los cantares, y así dicen de Córdoba para abajo:

¡Tu carita blanca,
tus lunares negros,
me pareciste la *Virgen* der Carmen,
la que está en San Telmo!

Y aquí en Madrid repiten los flamencos y los los toreros, que son cristianísimos todos, aquello de:

¡No me yores,
no me yores,
que llorando me pareces
la Virgen de los Dolores!

Saetas lanzan á Jesús crucificado los andaluces y aquí paseamos por la tarde todos juntos y todos unidos, grandes de España y banderilleros, duquesas y chulas, haciendo de la carrera después de los Oficios, una preparación para oir

el sermón de la *Soledad*, que es poema anual y poesía íntima de la semana.

¡Ah, señor cardenal, y qué ganas tenía yo de oir de labios santos y sabios algo que es tan importante como la nota religiosa... es decir, la nota nacional, la nota legendaria, la nota esa que es como la mantilla del Viernes Santo de ayer y de los toros de esta tarde! ¡Qué bien sientan en corazones tan grandes y en cerebros tan privilegiados, arranques salidos del alma, y cuántos querrán ser del rebaño de pastores tan grandes! ¡Ahí le duele!—decían ayer en un corro, leyendo aquello de los moros. Algo de eso había en la frase de una reina lejana, que es como su eminencia y como yo, la cual, al emprender un viaje con personas que en la intimidad le recordaban los cantos de su patria, decía la víspera:—¡Por Dios, que no se olviden las cajas de las reliquias... y la guitarra!

¡Guitarras, claveles, mantillas blancas, mantillas negras, Santos Oficios y toros de la tierra! Y todo esto junto somos y seremos y por eso será un dolor volver á ver mañana sombreros y mangas *de jamón* y esclavinas y zapatos á la inglesa, como si pusiéramos empeño en no parecer españoles más que un día; es verdad que cuando queremos serlo vienen los gobiernos y no nos dejan. Queremos hacer la guerra al moro, y nos lo impiden, y tenemos que ver á los enemigos de la fe por esas calles, y luego les

llevamos á su tierra en barcos ¡ay! que á la vuelta han de desaparecer, tragados por el mar, como si Dios nos castigara por débiles y pecadores... Sí, tiene razón el cardenal; hay castigo de Dios en lo que ha pasado.

Miren si los moros cambian de trajes y se visten á la moda inglesa. No la siguen los pueblos que conservan su verdadero carácter. Turcos, rusos, rumanos, montenegrinos, húngaros, alsacianos, suizos, árabes, se visten aún como sus padres se vestían, Parece que no, y la ropa influye en la manera de ser; por algo dice el pueblo madrileño que los que no tienen ropa negra no van á ninguna parte.

Pasó el tiempo santo. Vimos en él con verdadero placer las mantillas que aumentan la belleza femenina, y veremos hoy en los toros otras mantillas y los anchos paveros, mil veces más airosos que las horribles chisteras que se usan todos los días; y siquiera por más horas, reconoceremos nuestra España abrumada y alegre, rumbosa y creyente, cristiana y torera; hace ocho días poniendo en el balcón la palma que cierra la entrada al diablo por todo el año; esta tarde esperando á ver si hay *hule*.

¡Y sino fuera así, ya no sería España! No suprimamos nada, no alteremos las costumbres, no nos empeñemos en imitar lo que no tiene importancia. Ayer, al Miserere; hoy á la Plaza. Y no lo extrañe nadie, ni lo censure nadie, ni

quiera apartarse de ello nadie; porque hay un refrán que es todo un tratado de filosofía, y hay que repetírselo á los altos y á los bajos, pero á los altos sobre todo: *¡A donde fueres, haz lo que vieres!*

1895.

¡Los soldados!

BENDITO sea Dios y la Virgen del Pilar, mi patrona, que está allí aguantada en su rincón de Zaragoza y esperando ser un día patrona de la infantería española; bendito sea Dios, repito, que me ha concedido ver en Madrid lo que yo vengo á ver en cada viaje. El sol y los soldados.

El sol, porque me da vida, me hincha de luz y me da así como unas duchas de alegría que me renuevan la sangre. Los soldados, porque me infunden ideas nuevas, me recuerdan glorias pasadas y glorias venideras; y cuando los comparo á los de otros países que yo recorro en el transcurso del año, me parecen los más airosos y los más marciales del mundo. Como los niños corro yo á abrir de par en par el balcón en cuanto oigo la charanga. Y al verlos pasar,

andando á paso doble, al són de las marchas de Chueca, músico goyesco, que invita á correr detrás del regimiento, se me saltan las lágrimas en arrebatos de entusiasmo, admirando á los cazadores, que vuelan calle adelante, guiados por esos gastadores tan imponentes y tan buenos mozos. Gozo da de verlos llenando la ancha vía, atronando el espacio con el alegre sonido de la música militar, mientras las madrileñas los miran con hambre y sed de casarse, desde las ventanas, y las niñeras les saludan levantando en alto á los críos y haciéndoles bailar al són de *Cádiz*. En momentos tales quisiera uno que los pistolos no cesaran de andar y fueran hasta el fin del mundo á plantar allí la bandera...

¡La bandera! ¡La enseña de la patria! ¡Buena nos la han dejado entre unos y otros! De Francia me vine á pasar aquí un mes, ó dos, lo que sea, sin oír cuchufletas y bromas pesadas á gentes que en verdad no debieran burlarse de nada. ¡Buenos andamos por ahí fuera! Y pensar que esto nos pasa teniendo unos soldados tan de veras, tan entusiastas y tan patriotas... ¡Maldito, amen el que tenga la culpa!

Era ayer día de regocijo militar y de refrigerio más que ningún otro sabroso. Ya saben los oficiales españoles cómo les quiero yo, poeta de las cosas nuestras, español en todas partes, idólatra *de lo mío*. Bastó que indicara mi deseo de

ver juntos á tantos generales, brigadieres, coroneles, comandantes y capitanes, de ver lo que pasaba en el banquete de las armas generales, para que todos, con un cariño que quiero agradecer públicamente aquí, me procurasen la ocasión de sentarme con ellos. Llego tarde, me encuentro con que el banquete ha empezado, los porteros me ponen dificultades, á pesar de las tarjetas de generales y de cartas de organizadores... ¿qué me importa? Ni tengo que saber por qué se da el banquete, ni quiero comer, ni beber, ni me ofendo porque entro el último cuando ya se van. Lo que quiero es *ver muchos juntos*, tornar á dar gusto á los ojos, contemplar los uniformes, que son como el vestido de gala nacional; húsares, dragones, lanceros, cazadores, coraceros, soldados de la nación, sostén de la guerra. Como los granujas que al último toro invaden la plaza y se asoman con ávidos ojos al tendido para ver, aunque no sea más que el fin de la corrida, así corro yo de prisa y corriendo la ancha sala, hablando á éste, empujando al otro, saludando las augustas banderas que adornan las paredes... Allí encuentro á los generales que ya eran viejos cuando yo era aún niño y dieron la libertad á la patria; los que luego conquistaron laureles en Africa... ¡en Africa, Dios mío! y que ahora deben repudrirse en silencio; los otros, que han hecho campañas civiles gloriosas, los que han luchado de buena fe

por la República y los que han restaurado de buena fe la monarquía. Para mi todos son unos.

Hemos tenido grandes oradores, grandes filósofos, grandes hombres de Estado, que han hecho ó han deshecho situaciones, pero cuando ha llegado el momento de resolver y de volver por la honra del país, eso lo han hecho siempre los soldados.

Téngoles yo afecto entrañable, porque mi juventud corrió en los cuartos de banderas. Quise ser militar y no me dejaron. Estudiantillo perezoso, haciendo versos y olvidando la Universidad, pasaba mis tardes en el castillo de la Alfajería y mis amigos entrañables, que luego han figurado tanto en la política y en la guerra, eran Juan Cassola, Ramón Altarriba, que hoy se llama el barón de Sangarrén; Nicolás Estévanez, Eduardo Carrafa, Federico Madariaga, Leopoldo Ortega, Orozco, Bascaran, Carlos Vila. Andando los años, los he visto después coroneles, generales, ministros de la Guerra, y me he complacido en seguir sus campañas, que por lo duras y pelo arriba, sólo pueden compararse á las mías. En nuestras guerras civiles, pasando de un campo á otro como periodista, he hallado siempre almas nobles, lo mismo vertiendo su sangre por un rey que por otro, á los Castillos, Calderones, Valdespinas, Suelves, Escriches, Vallecerratos, enfrente de los Contreras, los Primos de Rivera, Morenos del Villar,

Pavías, Borreros, Tejeiros, Blancos, Terreros, López Domínguez, Loresechas, Serranos, Ahumadas, y tantos otros que se batían hoy para abrazarse noblemente mañana. Es esta una nación de soldados, forzosos ó voluntarios; patria de valientes que no piden sino levantar muy alta la bandera de la misma. Ha sido de ver, en esta última desdichada campaña, junto á los generales, á los grandes de España, y unidos como soldados, por gusto y amor á la guerra, al duque de Tamames, soldado y caballero, con el capitán Ariza, sediento de venganzas nacionales.

¡Oh! ¡Cómo me recordaban ayer los que salían del fraternal banquete las glorias que hubieran podido darnos, y cómo me hacían esperar las que sin duda han de darnos un día! Alegres y expansivos, rebosando juventud y entusiasmo; entusiastas en silencio, porque los brindis no les fueron permitidos, representaban aparte de toda cuestión de concurrencia, que yo no tengo para qué conocer, el nervio de la nación, la gloria del pasado, el ideal del porvenir, acaso no lejano.

Un brindis, uno sólo, debió de oirse ayer, y éste le hubiera lanzado yo á toda voz, si el ministro de la Guerra, mi antiguo é ilustre amigo, ne lo hubiera permitido.

No quiso. No creyó conveniente ni oportuno que un paisano patriota dijera una frase, una

no más, que la he de reproducir aquí, aunque me cueste las iras oficiales.

Quería gritar con toda la fuerza de mis pulmones y con toda la efusión de mi alma:

—¡Soldados españoles... viva la patria.

1894.

Pax vobis.

Tantas impresiones y tan gratas, sentidas en cuarenta días al volver á la madre patria, parece como que piden una estadística de emociones al que no sabe vivir sin contar lo que siente; y al comenzar el tiempo santo, aquí en el seno de esta inmensa familia de amigos ó de desconocidos simpáticos, quisiera yo hacer una confesión *coram pópulo* que pudiera servir de consejo á los soberbios y de aliento á los humildes.

En verdad os digo á vosotros mis lectores habituales, que una de mis mayores satisfacciones ha sido la de saludar y ver de cerca á la generación que nos sucede. Puedo yo hablar así, en vísperas de cumplir cincuenta años, porque cincuenta años en un país como el nuestro, donde se vive tan deprisa y se muere tan pronto, casi son el comienzo de la vejez. Y una de las

cosas más difíciles para el hombre es reconocer que envejece y saber ser viejo. Así como la mujer hermosa al llegar á la edad madura, se resiste á abdicar de su belleza, del mismo modo los que tienen costumbre de vivir del público y de ser amados por él, repugnan, con raras excepciones, ceder el paso á los que vienen detrás. Y por eso vemos con frecuencia á los que han llegado á la cima de la gloria hacer mal disimulada guerra á los que la consiguen después de ellos, y hacer de la vejez, que debe ser en todo paternal, expresión tardía y desdichada de envidiosa tristeza.

Confieso con toda sinceridad que amando el arte por el arte y no considerando en él sino la expresión de lo bello, cuando veo que lejos de decaer, como se pretende sin razón, pasa de una generación á otra con nuevos vuelos y más grandes alientos, me complazco en reconocerlo y siento la misma satisfacción que sentiría si un día me dijeran que mis hijos valían más que yo, en todos sentidos. Deber es de los que declinan realzar el mérito de los que amanecen, y lo contrario es mezquindad y pobreza de ánimo.

De todas las bellas frases que en prosa y verso se dijeron la otra noche en el banquete ofrecido á un poeta inspiradísimo, lo más elocuente lo más tierno, lo más hermoso que allí se dijo fué la tranquila, paternal y á la vez grandio-

improvisación de Miguel Morayta, quien adelantándose á su propia edad y hablando con el alma sincera el lenguaje del alma, saludaba con entusiasmo á la nueva generación y le pedía que no olvidase á la nuestra, porque ha luchado mucho, y le deja por herencia conquistas de libertades, de progresos, de culto ferviente á las artes y á las letras. ¡Qué contraste tan grande hacían estas nobles palabras con el oído reconcomioso de otros viejos egoístas, parecidos á esos avaros harapientos que van siempre mirando de reojo á los que pasan junto á ellos, temerosos de que les roben sus mal ganados tesoros!

Sí; hay que saber ser viejo; y recrearse, como en esta temporada me sucede á mí, al encontrar á los que dejé niños convertidos en escritores ó artistas populares. Hay que saber cosechar satisfacciones de viejo, viendo á los que ayudamos en los primeros pasos de su carrera, aplaudidos hoy por el público y sucediéndonos en la estimación de la multitud, y disfrutar llamándolos á escena á esos que venían hace veinte años con sus familias, en días de vacaciones, á ver nuestras comedias por las tardes; hay que saber sentirse como reproducido intelectualmente en los que cantan las glorias de la pa-:ia ó arrancan franca risa al espectador de y, y poder decir, en fin, que el mundo mar-..a, que no hay nadie necesario y que cada

edad tiene derecho á sus ilusiones y á sus glorias.

Del mismo modo que al llegar á los cincuenta años sin ambicionar nada, ni envidiar nada, siento yo ahora verdadera satisfacción al encontrar á los amigos y camaradas de antaño convertidos en ministros, subsecretarios, generales, obispos, banqueros, directores de periódicos, senadores, académicos, grandes de España, oradores célebres ó magistrados respetables, y á las hermosas amigas de la juventud trocadas en madres ó en abuelas, así la siento al hallar á los hijos de todos esos y esas, ya criados y haciendo hablar de ellos, renovando estos viveros de inteligencia y de talento de que es tan rica nuestra España.

Oigo decir por todas partes que todo anda malo, que anda nuestro pobre país perdido, que reinan por todas partes la envidia y el odio, que la patria decae. Manía eterna ha sido eso entre nosotros; la de creer que todo tiempo pasado fué mejor y que no hay porvenir para nada ni para nadie. Y es que parecemos antipatriotas, cuando en realidad somos patriotas sin saberlo. Llegan las grandes ocasiones, y entonces surge y se levanta el patriotismo dormido al són de la guitarra y al calor del sol, en el fondo de corazones apasionados y exuberante de palabras y entonces resultamos á los ojo del mundo más amantes de nuestra pobre tie

rra que ningún otro país de Europa. En Alemania y en Marruecos saben algo de esto y en Francia lo recuerdan. No; ni somos tan malos como nos empeñamos en decirlo, ni hay tal falta de hombres ni de grandes ideas.

Los hombres nuevos aparecen en todos los países en los momentos de grandes convulsiones, en las grandes crísis, en las guerras ó en las desdichas nacionales. En tiempo normal no hay sino vivir como se puede y hablar mal de todo gobierno, que es prurito inevitable de los pueblos sentimentales ó excesivamente nerviosos.

Pero dentro del mundo de las letras y de las artes, salen hombres nuevos todos los días, y en nuestro país más que en otro ninguno; y ellos forman la nueva generación, á la que yo me complazco ahora en ver luchando como luchó la nuestra, viviendo de sus ambiciones y de sus estímulos de noble amor propio. Si no aparecen de pronto muchos poetas, oradores, pintores, músicos, es porque están pasando su bohemia; pero ellos vencerán, porque hay dos maneras de trabajar en España: la del hombre de letras que nace noble ó rico (y á fe que la nobleza española ha dado grandes glorias á la patria), y el otro, el que representábamos treinta años hace ya los que en este pleito de la vida nos hemos defendido por pobres.

Oía yo la otra noche á uno de estos poetas jó-

venes de ahora, que se llama Manuel del Paso, el cual me recitó unos versos tan hermosos, tan correctamente escritos, con tal inspiración sentidos, que me procuró una de las más grandes satisfacciones de este viaje que estoy prolongando cuanto puedo. Un poeta de veras es éste, cantando las glorias nacionales y los encantos de la tierra natal, como antes lo hacían otros tantos.

¿Pues cómo—me decía yo al entrar en mi casa—no se ha hablado más de este joven que tantas esperanzas anuncia?

El grandilocuente estilo de Dicenta, los hermosísimos versos de López Muñoz, de Fernández Shaw, del hijo de Ortíz de Pinedo, de Salvador Rueda, de López Valdemoro, de Vicente Colorado, de otros cien que siento no recordar, ¿no anuncian una generación brillantísima, que no cede en nada á la que se va? ¿Y no es un gusto y un regalo verlos llegar con sus frescas inspiraciones rebosando juventud y grandeza de ideas, y saludarlos como se saluda á las primeras flores del año?

La musa cómica, que durante treinta años ha estado representada en España por un grupo de ocho ó diez poetas no más, que comienza en Villergas, sigue con Bretón, Narciso Serra, Manuel del Palacio, José Marco, Liern, Santistéban, Burgos, Manuel Matoses, Luston, Granés, hasta acabar en mí, el último de todo

tiene hoy en esta juventud tantos y tan alegres representantes, que la lista de todos ellos sería larga por extremo. Los Taboada, Pérez Zúñiga, Miguel Echegaray, Sinesio Delgado, el fecundísimo Felipe Pérez, el facilísimo entre todos Vital Aza, el sin rival Mariano de Cavia, escriben con la misma, con mayor facilidad que sus mayores en la prensa festiva y han llegado á dominar el arte de hacer versos ó prosa, que es un asombro.

No digamos nada de los pintores jóvenes, que en España y en Europa han adquirido tanta fama y que forman una verdadera legión de coloristas y de cantores á su modo de la historia de España. Dibujantes los tenemos á centenares en la generación nueva, y desde aquel gran Urrabieta Vierge, considerado en el extranjero como el más notable de todos, hasta los mil que hacen caricaturas en los periódicos de por acá, superan en número los de hoy á los de antes, probando que la raza de artistas no ha decaído; y si han hecho su tiempo los Arrieta, los Gaztambide, Oudrid y Barbieri, nos queda esta juventud musical, representada en Tomás Bretón y en Chapí, y en Manrique de Lara, y en Albéniz y en el popularísimo Chueca, personal como ninguno, regocijo de Madrid y alegría de España. ¿Quién puede atreverse á decir que esto anda perdido según la frase vulgar y ya casi proverbial entre españoles?

Podrá únicamente decírseles á los que nacen, que no se dejen mimar demasiado, porque de los niños mimados suelen salir hombres viciosos; que el ruido de los banquetes prematuros pasa y que á la vuelta de veinte años muchas calles volverán á llamarse como se llamaban; que la gloria en vida es pasajera y que la reputación es como el vino; hay que dejarlo reposar años para ver después si es vino ó vinagre; que la facilidad en llegar no es buena señal, porque toda victoria pide antes combate; que trabajen, no para hoy, sino para mañana, porque como dijo un poeta francés, vencer sin peligro es triunfar sin gloria. Estos son consejos de viejo, que me han de perdonar estos á quienes yo quiero como á hijos...

De todo corazón les admiro y no doy mi brazo á torcer cuando algún contemporáneo quiere convencerme de que en nuestro tiempo todo iba mejor y se escribía de otro modo. No hay modos, ni mejorías ni tiempos. Nosotros hicimos lo que pedía el nuestro, éstos hacen lo que les pide el suyo, y así como al oir pasar el regimiento y ver marchar con tanto garbo á los soldados mozos, me quito el sombrero para saludar á los que con tal marcialidad pasean la bandera nacional, del mismo modo creo que tengo el deber de saludar desde lo alto de mis cincuenta años á estos soldados del arte y d las letras que llevan la otra bandera; la otra

esa que se conquista con tantas fatigas, con tantas penalidades, en batallas que cuestan tantas lágrimas y que hacen salir, antes de tiempo, tantas canas...

1894.

El sentimiento egoista.

Cuantos esfuerzos se hicieron para disuadir á la señorita Tenorio de acompañar el cadáver de su madre al cementerio, fueron inútiles, dicen los periódicos de España que acabo de recibir en este momento.

Y casi al mismo tiempo sale de la iglesia que hay junto á mi casa un entierro, y veo detrás del féretro á la madre, al padre, al desolado esposo, á los cuatro niños, todos llorando, descubiertas las cabezas á las doce de un día de sol abrasador, cumpliendo todos con este santo, doloroso y grato deber. Así fuí yo un año há, llevando á mis hijos de la mano, detrás del féretro de mi madre, y deseando que los tres kilómetros que me separaban del camposanto, se convirtieran en largas jornadas para estar más tiempo aún cerca de ella, y vi caer el féretro en el hoyo, y las paletadas de tierra, y cuando m

tierno amigo el pintor Aranda, hombre de gran corazón, quería por la fuerza arrancarme de allí, quisiera yo también arrojarme al hoyo para no más salir, y á la vez que se me desgarraba el corazón de pena, sentía todavía dos minutos, uno, medio, de relativo consuelo viéndola aún, adivinándola dentro de la caja de madera.

Y recordaba después cómo nos educan en Castilla y Aragón, enseñándonos desde niños á abandonar los séres queridos en manos ajenas en cuanto se presenta la agonía. Una mano extraña los viste, un extraño los vela, van al cementerio solos, sin la familia para quien vivieron, y en ese último terrible momento en que desaparecen bajo la tierra, los suyos están allá en su casa, evitándose cómodamente la pena de verlos y de darles el último adiós; educación egoísta, costumbres nuestras. Yo ví morir á un espada siendo niño rodeado de mi familia; ya más tarde no me dejaron ver morir á mi padre.

Me figuro la escena desde aquí en casa de la desconsolada actríz. Amigos y conocidos y los actores, ellos que lloran tan bien en la escena, queriendo impedir á su compañera que sienta las penas en la vida. No, de ninguna manera, que no vaya, que no acompañe al sér que más amó; que la madre vaya acompañada de todos los que la conocieron, menos de aquella por quien existió y á quien quería sobre todo en el

mundo. Y luego la prensa disculpando esta «monstruosidad» de la tiernísima hija. ¡Cuantos esfuerzos se han hecho para disuadirla han sido inútiles! como quien dice:—Ya ve usted; se ha hecho todo lo posible para que una hija no acompañe hasta el último instante á su madre y amorosamente deposite en la tumba el postrer beso nacido del alma; pero ¡qué se ha de hacer! hay hijas así; nosotros no tenemos la culpa.

Entre tantos defectos y malas costumbres como he notado en el país donde vivo ahora, descuella esta hermosa cualidad de honrar á sus muertos. Hay aquí el culto de los séres perdidos, y la primera vez que ví en un entierro á toda la familia detrás del muerto, acogí la novedad como la de un descubrimiento de esos que glorifican al siglo XIX. ¡Pensar que cediendo á la violencia ajena había confiado la guarda de dos hijos muertos en España á parientes y conocidos! Costumbre tiránica que sólo pueden acatar corazones egoístas y que ha inspirado una de las más bellas poesias de los tiempos modernos, hasta hacerse popularísima. Sí, nuestros muertos se quedan muy solos, más solos que los del resto de Europa, porque los abandonamos ya en cuanto cierran los ojos.

Sirve además esta última manifestación del amor ó del cariño para ver quién siente y cómo en esta postrera despedida. Como antes dije,

tengo el templo junto á la puerta y puedo apreciar casi todos los días las diversas apariencias del dolor. Sin temor de equivocarme pudiera decir desde mi ventana si el que acompaña un cadáver es hijo, padre ó marido. El dolor del hijo y el del padre superan á todos. Por eso considero como crueldad el empeño de disuadir al padre ó al hijo de acompañar á su muerto. Además, su muerte le pertenece; su dolor es suyo, y siendo el dolor un último grado de la pasión, débese dejarla correr y desahogarse en lágrimas que contenidas ahogan. No, no hay que oponerse á tan santo deseo, ni hay que contribuir al abandono en que al muerto se deja. Por algo es Cataluña la provincia más ilustrada de la nación; allí la familia está representada siempre en la comitiva.

«¡Esfuerzos inútiles!» Con estas dos palabras que repiten hoy treinta periódicos, se pinta todo un pueblo. Singular contraste ofrecería la persistencia de los compañeros de Elisa Tenorio con la que emplean en sacar á viva fuerza á la escena, tirando de él de la manera más violenta, le sacan á puñados en cuanto suenan dos palmadas en la sala. Es preciso que el público vea que el hombre estaba allí, detrás de la puerta del foro, esperando el aplauso para presentarse inmediatamente á recibirlo.—¡Salga usted!—¡Va mos!—¡Venga!—¡Pronto!—¡Que no!—¡Que sí! —Ya está ahí, sin la menor modestia de su obra

Pero al fin del drama de la muerte real, cuando ya no queda otro consuelo que cumplir hasta el último momento los santos deberes del cacariño filial, entonces movimiento contrario, cerrar las puertas, que la artista no salga, que acompañen á la madre todos los extraños, menos ella. ¡Qué errores de educación y de costumbres tan sensibles!

¡Oh, Elisa Tenorio, mi triste amiga, á quien desde aquí envío la expresión de mi más honda pena, y qué bien ha hecho usted en lo que ha hecho! ¡Cómo se ve que sabe usted sentir en el mundo como en la escena!

Agosto, 1886.

Gente de arriba

No, no se trata de *alta sociedad*, sino de la *sociedad alta*.

En un quinto piso, sobre los tejados, con un panorama de chimeneas, bohardillas, cúpulas de iglesias, campanarios, y allá á lo lejos San Jerónimo, y los altos del Retiro, contemplaba yo años há, desde mi azotea, mientras regaba mis tiestos y admiraba al loro de enfrente que cantaba muy bien la música de Chueca, este mundo de los que viven, como decimos en Madrid, el primer piso bajando del cielo.

Tan interesante es el estudio de las bohardillas, como el de los palacios. Habitantes de unos y de otras, viven en las alturas. *Gloria in excelsis*. También es gente de arriba esta que no figura en las elegantes crónicas de *Monte-Cristo*. Gente feliz, á su manera ó á mi modo de ver; que tal vez ella no se crea dichosa.

—¿Y por qué no?

La resignación es el secreto de la felicidad. De mi madre lo aprendí y mi carácter no lo variaron ni la próspera ni la adversa fortuna.

Más de veinte bohardillas hay frente á mis balcones, exclamaba yo. En cada una de ellas habrá, tal vez, un envidioso de quien viva mejor. ¡A mí me sucede lo contrario y les envidio á todos!

Desde luego viven con poco, no tienen grandes necesidades, no se parecen á nosotros, los que vivimos como los ricos y somos pobres, desgracia común en la sociodad actual á las dos terceras partes de la gente. Ese carácter de celda que toda bohardilla tiene, hace quererla más que al cuarto principal ó al hotel lleno de muebles, tapices, cuadros y criados. Todo *rincón* es adorado. Tiene algo de cuna, de confesionario, de camarote, de panteón de familia.

Todo está en un palmo de terreno en los interiores que puede ver de lejos.

La cama, la mesa de trabajo, el sofá, la cómoda con los jarrones de China, y el cuadro de tal santo ó tal personaje célebre.

Y es curioso observar que en las bohardillas hay siempre señales de devoción y amor á las flores, y Cristos y rosarios.

Tienen todas, como un parque de tejas, inclinado hacia adelante, que impide ver la calle. Los ruidos del arroyo se oyen como si viniesen

de otro mundo. El piano de manubrio que repite diariamente la canciones populares y los walses franceses, la voz del que vende requesón ó macetasde claveles, el ciego que canta la jota y al són de la jota dice que *viva el sol, viva la luna, viva la Virgen del Carmen;* los cochesque pasan rodando y suenan á truenos ó á descargas lejanas, las voces de las vecinas de las tiendas —¡Ambrosia! ¿tiés hilo negro? ¡Aparte usté ese coche, tió pesao, deje usté pasar el carro!—A este pobrecito ciego, una limosnita por Dios, faltando la vista, falta too! ¡La Virgen Santísima se lo pagará...! ¡Y rábanos! ¡La lista grande! Todo esto llega como si se oyera desde un globo, sin ver nada abajo.

Pero arriba se vive en calma. De vez en cuando se ve una cabeza de mujer y una mano que asoma con un jarro de agua y riega las clavellinas. Raro es el habitante de estas tumbas eminentes que no tiene flores. ¡Las flores son gran compañía, son el lujo de los pobres! Geranios, rosales, claveles, jacintos y pensamientos. Y en la pared, en la parte de afuera, un canario, una cardelina, que son como de la famila, porque sus dueñas les hablan y los pajaritos responden.—¿Qué es lo que tú quieres, *monín*, tu hojita de lechuga, verdad? Toma tú, tómala ya, rico de la casa... Y el canario pía. Todos píamos por algo en este bajo mundo.

Allá en la otra vivienda aérea se oye constan-

temente el eterno pelear de la madre con los hijos, á quienes llama tunantes y arrastraos y les quiere más que á su vida.—¡Indino! ¡Baja de esa silla, que te vas matar! ¡Ay, si voy, ya verás infame, ya verás la tunda que te vas á llevar! ¡Ay, qué hijos, Dios mío, más valiera ir á cavar que pelear con ellos!—¿Qué es eso doña Andrea?—dice la vecina de al lado, sacando medio cuerpo por el boquete de la bohardilla próxima.—Qué ha de ser, señor; estos hijos que me quitan la vida. ¿Querrá usted creer que me han rotoel San Isidro que me venía de mi madre, tirándose las almohadas? ¡Le digo á usted que llevo una vida de mártir con estas criaturas!

Afortunadamente dos horas después la oigo cantar lo de la *falda de percal planchaa*, y repetir á voz en grito allá en el fondo de su sarcófago con tejas:—¿Quién te quiere á tí en este mundo, sol de Madrid? ¡Ay, qué rico!—Y allá van besos, y besos, y besos, mientras el sol se pone...

A esas horas bajan lentamente los gatos, miran á derecha é izquierda, y andando casi de *puntas*, como las bailarinas, se recogen á sus domicilos, deslizándose como sombras. La viudita del sexto sale á recoger las enaguas que estuvieron todo el día al sol, y arranca de la maceta de la esquina del balcón el clavel que va á ser la perdición de los hombres en el café del barrio. En mangas de camisa, aparece e hombre de las patillas blancas, que asoma la ve

nerable calva entre dos tiestos de albahaca y lee el *Gedeón*; y se ríe á carcajadas solo en su palacio de seis duros al mes; los chiquillos de la madre mártir lloran porque no les dan pan á deshora; y allá abajo, en la ciudad ignorada en estos planetas, venden el *Tío Jindama con la revista de toros*.

Antes de que caiga el sol, se ve un mundo de personas honradas y felices en su modestia, que cantan y preparan esa comida casera en la que dominan el azafrán y el aceite, y cuyos *aromas* suben al cielo como si fueran el incienso de los desheredados. De un tejado á otro se miran *horas enteras* un estudiante y una planchadora. ¡Qué miradas! Duran una hora. Apoyados uno y otro en el borde de sus rejas, bañados por el último rayo del sol, él fumando despacio, ella leyendo á tragos *El Cura de aldea*, cada vez que uno y otro levantan la cabeza, se envían el alma de un tejado á otro... no es posible traducir ni copiar lo que aquellos dos vecinos se dicen sin decirse nada...

Y entonces recuerdo yo tantos viajes, tantas grandes capitales, tantas emociones, tanto mundo visto y recorrido... el gran Boulevar, el *Prater* de Viena, el Paseo de los Tilos, de Berlín, la Plaza de Bruselas, el movimiento infernal de Iamburgo, las fiestas fantásticas de San Peters'urgo, el Vesubio, la corte de tal emperador, ıs noches de París, la vida vertiginosa moder-

na... y mientras voy comparando, y siempre en favor de la vida tranquila, viene á interrumpir las reflexiones la voz de la vecina, que le dice al niño á quien acaba de acostar y arropar:

—Un Padre nuestro porque papá vuelva sano y bueno de la guerra...

—Un Ave María para que Dios nos libre de enfermedades...

Cuatro esquinitas
tiene mi cama..,
cuatro angelitos
que me la guardan...

Y el niño repite á compás, y la sombra va cubriéndolo todo; y mientras riego mis flores, me digo:

—¡Cuando se piensa que la felicidad puede consistir en tan poca cosa!

¡Virgen del Carmen!

¿QUIÉN podrá entender esto que le pasa á mi amigo Cristián? Yo no. Ni él tampoco; ó si lo entendemos, dijérase que no tenemos el valor de decirlo; porque el hombre es hipócrita en artículos de fe...

Lo prueba este ateo, materialista, *hereje*, según él cree, y sus lectores también.

En un libro que dió á la estampa años há, decía sobre poco más ó menos, «que no había Dios». Y el libro se vendió, y se prohibió, y se vendió mucho mejor aún de contrabando, y se tradujo al francés y al italiano... Y aquel mismo año, mi amigo tuvo un duelo á pistola; y al mismo tiempo de hacer fuego, dijo pasa sí:

—¡Virgen del Carmen!

Él mismo se preguntaba á sí mismo á sus solas.—¿Por qué? ¿Acaso no me río yo de todas

esas cosas? Menester es que yo estuviera asustado y seguro de que mi adversario iba á dejarme en el sitio...

Pero no me dejó. La verdad es que no me dejó...

Durante algún tiempo siguió su campaña atea y sus discursos políticos en el Congreso, (porque era diputado). Libertad de cultos, libertad religiosa, separación de la Iglesia y del Estado; que no nos quede un cura; que el que quiera misa la pague...!

Sale de Madrid á presidir un comité, allá en su pueblo. Ya en el tren á deshora de la noche, despiértale un espantoso ruído, ayes y lamentos... ¡¡un choque!! Y Cristián exclama arrojándose al suelo:—¡Virgen del Carmen!

Sale ileso de aquella catástrofe. Sigue su camino y va diciendo para sus adentros:

—¡Bah! Esto es lo mismo que cuando los jugadores tienen un *fetiche*... mis tres palabras degeneran en costumbre; pero ello es que los viajeros de al lado se han roto la cabeza y yo no.

Cristián llega á su pueblo, preside el comité radical, hace un discurso demagógico, prueba á los ciudadanos de la localidad que hay que pegarles fuego á todos los conventos y que un Cristo en la escuela es una aberración...

Aquella noche se acuesta satisfecho de su elocnencia y del efecto que ha producido. Está en

el primer sueño, cuando oye gritar en el piso bajo.

—¡Fuego! ¡¡Fuego!!

Y salta de la cama diciendo sin poderlo remediar:

—¡Virgen del Carmen!

Los mozos, las criadas, el alcalde, los vecinos hacen prodigios de valor. Él, Cristián, no se ocupa sino de salvar la vida, y á la mañana siguiente en una alocución que publica el periódico de la localidad, prueba que sin los esfuerzos de aquellos valerosos vecinos la Providencia no hubiera hecho nada, aunque diga lo contrario el cura...

Vuelve á Madrid. En su casa le esperan grandes amarguras. Su mujer no ha querido avisarle que el único hijo que tienen está enfermo, y en los dos días de viaje el niño se ha agravado. Cuando Cristián llega, el niño, una criatura angelical, está espirando. Muere del garrotillo... En la casa hay tres médicos célebres, toda la familia reunida al pie de la cuna, la madre anegada en llanto, la abuela transida de dolor, el médico de cabecera llora como un chiquillo... No hay remedio, la ciencia es impotente; Cristián cae de rodillas apretando la rubia cabeza entre las manos, y sin poderlo evitar, como si una voz secreta se lo mandara, exclama:

—¡Oh... Virgen del Carmen!

Uno de los médicos, propone que se haga la

traqueotomía. El padre accede, el ñino se salva...

Y á los dos ó tres meses la casa vuelve á su estado normal, el elocuente orador renueva su propaganda, un nuevo libro suyo da ocasión á grandes polémicas y sufre los rigores de la censura...

Al salir del Teatro Real una noche, Cristián coge una pulmonía.

Aquel mismo médico de cabecera se cree en el deber de prevenir á la familia...

¿Pero quien habla de confesión á quien nunca quiso tener contacto con la Iglesia?

Alguien se atreve á indicarle algo. El enfermo mantiene sus ideas de siempre. Quiere morir como libre pensador, desea que se le haga un entierro puramente civil. En vano su mujer, su madre política, sus parientes, algún amigo cristiano, le piden que *por el bien parecer* cumpla á lo menos con la sociedad. ¡Nada! Ve venir la muerte con ánimo sereno. Solamente cuando agoniza, el que está más cerca de su cabecera cree oirle balbucear:

—Virg... del Carr...

Y expira.

Su entierro atrae gente por la novedad. Su cuerpo va directamente á la tierra sin interve ción de sacerdote alguno.

Sus albaceas comienzan á inventariar

casa. Entre sus papeles reservados hay un pliego que dice.

Última carta de mi madre.

Al abrirla leen:

«—Hijo de mi vida, en todos los momentos graves de tu existencia, encomiéndate á la Virgen del Carmen.»

. . . .

Enero, 1886.

El hombre del ascensor.

SUBIENDO el otro día á ver á un amigo que vive en el quinto piso de un gran hotel de París, volví á encontrarme con aquel desdichado mortal que se pasa la vida en el ascensor, conduciendo de arriba abajo y de abajo arriba á cuantas personas bajan y suben á los diferentes pisos de la casa.

Viéndole tan elegante, con su librea y su gorra galoneada, y dentro de aquella jaula, forrada de tapicería, ¡á nadie se le ocurre compadecerle! Pero á mí, sin poderlo remediar, me interesan todos los que sirven y ganan su vida tristemente y este hombre me da muchísima lástima.

No piensa el que entra en el ascensor y va con determinado objeto á tal ó cual piso; no piensa, ni tiene tiempo para ello, en que aquel hombre, joven, fuerte, tal vez inteligente, sujeto,

como todos nosotros, á los deseos, necesidades, pasiones ó vicios de que nadie está exento, se pasa la vida metido en aquella caja, desde las ocho de la mañana, hasta la una de la noche, subiendo y bajando, bajando y subiendo; subiendo y bajando sin ver en esas diecisiete horas más que los cuatro rellanos de la escalera y las quinientas ó mil personas con las que vive en compañía de minuto y medio ó dos minutos nada más, acaso para no volver á verlas en su vida.

No habla nunca como alguien no le dirija la palabra. Y aun en este caso, la conversación no dura más que el espacio comprendido entre dos ó tres tramos.

Para él no hay domingos, ni días de fiesta, ni sol, ni nubes, ni política, ni arte, ni literatura, ni familia, ni amistad, ni relaciones, ni nada más que subir y bajar, bajar y subir, tirar de la cuerda para el que se queda en el primer piso, tirar de la cuerda para el que se queda en el segundo, tirar de la cuerda para el que se queda en el tercero, tirar de la cuerda para el que se queda en el cuarto ó en el quinto, tirar de la cuerda para el que baja de los mismos pisos; y cada vez, adelantarse, abrir la verja de hierro y la puerta de la escalera, para que *desembarquen* los viajeros, quitarse respetuosamen la gorra... y vuelta á subir, y vuelta á bajar

¡levantarse, crecer, tocar las nubes...
y en el piso de abajo hundir la planta!

Este triste sujeto lleva y trae de arriba abajo y de abajo arriba, viajeros y no viajeros, señoras, *cocottes*, curas y militares, niños, viejos, familias de todos los países. Oye hablar todas las lenguas, pero nunca más que dos minutos. Oye, de lejos, las músicas que pasan por la calle; ve, de lejos, á los que bailan ó cantan en el primer piso; le pasan por delante de los ojos, como visiones fantásticas, las bodas, las *soirées*, las parejas que se dicen amores en el piso primero cuando hay una fiesta, y enseguida por las soledades del tercero, va á parar al sotabanco, donde le espera una criada para que la baje.

La vida, para él, es un escotillón; la existencia un hueco en el que le metieron á razón de tanto por día; está enterrado en vida; pero de manera que su tumba suba y baje y la visiten cien mil personas al año. No se le permite hablar, porque no sería correcto; y responde con cierta timidez á los que, como yo, le dirigen la palabra. La ropa no se le usa nunca. Un par de zapatos debe durarle quince ó veinte años!

Sale de su cajón aéreo media hora por la mañana para almorzar; y media hora por la tarde para comer; y en seguida... otra vez á la jaula volante. La digestión la hace forzosamente á

contrapelo, y yo le he aconsejado que coma la sopa de pie y el postre de cabeza, porque si no, no digerirá nunca.

Apenas ha concluído de comer, se echa á volar escalera arriba, y digiere hacia el techo; y en seguida, se echa escalera abajo y digiere hacia el suelo.

¡No puede ser! ¡Tiene que resultar algo malo!

¡Son digestiones de mete y saca! Las reflexiones que el pobre hombre debe hacer cuando le llaman desde el quinto piso y sube solo en su máquina! Afortunadamente, por tristes que sean, no pueden ser nunca largas.

Así, por ejemplo, dirá al elevarse:

—¿Es posible, señor, que no haya para mí más mundo que el de una escale...

En aquel momento se le cuela un viajero gordo que sube del primer piso al segundo.

—¿Que el de una escalera? ¿Cuándo llegará el día en que yo vea otra...

Ya está en el segundo y se le cambia el inquilino por una señora gorda que va para arriba.

—¿Que yo vea otra cosa? ¡Esto no es vida; aquí no hay más porvenir que la desespe...

Se salió la señora y entran tres catalanes, que le dicen que les eche á la calle.

—¡Qué desesperación! ¡Cuando pienso que tenía una novia y un día que vino á verme aquí, á la tercera vez que subió y bajó, me dijo que se mareaba y me dejó por un cualquiera!

No ha acabado de pensar y ya se encuentra abajo y se le meten en la caja un cura protestante y dos señoritas inglesas.

—¡Al quinto!

¡Y allá va otra vez al tejado!

—¿Cuánto tiempo lleva usted en esta *carrera*? —le preguntaba yo ayer.

—Siete años.

—¡Siete años! ¡Quien me diera á mí meter cinco ó seis eminencias del partido gobernante en este jaulón y tenerlas siete años condenadas á subir y bajar día y noche, á ver si acabábamos de discursos y de ascensos inmerecidos!

—¿Y cuánto gana usted?

—Cien francos al mes, comido y bebido...

—¡Y subido y bajado!

—Es claro. Hay personas que me dan propinas; pero son *las menos*.

—¡Eso sí que lo creo! Yo seré de las más, no tenga usted cuidado.

—Muchas gracias.

—¿Tiene usted familia?

—No, señor; en este *cargo* no podría ser. Acaba uno cansado á la una de la noche.

—¿Cansado? ¡Hombre, eso sí que me extraña!

—¿Cree usted que no cansa y fatiga hacer siempre lo mismo? ¿Y no ver nunca la calle? ¿Y no hablar con nadie? ¿Abrir y cerrar la verja unas *mil veces* por día? ¡Créame usted, toda obligación cansa!

¡Profundas palabras! ¡Ya lo creo que cansa! Reventado me tienen á mí mis obligaciones.

—¿De modo que en los siete años no ha salido usted nunca?

—Este año, salí un rato; el día de la *Ascensión.*

—¡Hombre, mal hecho! ¡Era el único día en que debió usted quedarse aquí y dar una comida á los amigos!

Creo que no me entendió. Su cargo debe atacar al cerebro. Si á este hombre no le suben vapores al rostro, no será culpa suya. Algunos debe sentir cuando le toca *elevar* á dos enamorados de esos que por aquí se ven con tanta frecuencia, cogidos por los talles y besándose *coram pópulo*, Al *ascensorista* (bien puede llamársele así) no le dejan más que el olor. Cuando le toca subir ó bajar á una mujer de esas de ciento en boca, le deja perfumado el cajón. Un rastro de opoponax ó de ambar que le trastorna la cabeza. En cambio, cuando le llega un viajero que viene de los baños sulfurosos, le deja una peste á azufre que parece que ha subido al diablo al tejado.

Pues este hombre, aunque parezca extraño, todavía tiene tiempo de leer. En el banco del ascensor tenía un libro:

—¿Qué lee usted, las *Ascensiones célebres*?

—No, señor; es un libro de oraciones.

¡Un libro de oraciones!

Aquí ya, mis observaciones burlonas cedieron su puesto á otras que sería muy largo reproducir. ¡Un libro de oraciones en un ascensor! Y en un pueblo donde la religión va siendo cosa rara... ¡Quién sabe! Acaso este hombre, joven aún, se consuela con su libro del aburrimiento en que vive... tal vez ha hecho del ascensor su confesonario, su altar, su tumba movible... Resignado á su vida de máquina, lee lo que sin duda leerán muy pocos de los que él sube y baja...

Estábamos en el quinto piso, no había nadie en el rellano, me quedé un instante todavía... para decirle sin rodeos la extrañeza que su lectura favorita me causaba.

—Este libro—me dijo—se lo dejó en el ascensor una señorita muy elegante, hace dos años. Me dijo que lo guardara. Era una viajera que vivía sola en un cuarto del tercer piso... Siempre que bajaba ó subía me daba un franco, y se interesaba por mí. Vino á ser como una amiga, en esta soledad en que uno vive con tanta gente... Por la noche vinieron á decir que la señorita se había arrojado al Sena...

—¡Ah!

—Sí, señor; parece que tenía desengaños, apuros de dinero... ¡Nadie vino á preguntar por ella ni á reclamar nada! Al cabo de un año se vendió todo lo que había dejado, vestidos, alhajas, muchas cosas. Yo me quedé con este libro...

De vez en cuando lo leo y me acuerdo de ella. Después de todo, tal vez seré el único...

En aquel momento gritaron de abajo:

—*¡Ascenseur, s'il vous plait!*

Y mi hombre desapareció en la obscuridad de la escalera...

París, 1896.

D. José.

—

I

Hay días—que yo llamo negros—en que el sentimiento de la patria se despierta en mí como de un largo sueño; y en esos días, aborreciendo momentáneamente cuanto me rodea, presa de un verdadero ataque de nostalgia, queriendo olvidar nombres, fechas, aficiones, costumbres, el cielo que me cubre, la tierra que piso, cierro el balcón y después los ojos, me arrojo sobre la revuelta cama, queriendo asfixiarme bajo la almohada, colocada á manera de losa sobre la cabeza, y en este paroxismo repentino, oigo el himno popular, y la jota aragonesa, y los coches que van á los toros, y las campanas de cuarenta iglesias, y los gritos de los vendedores y los brindis de los

amigos... y entre las sombrías luces de esta calentura terrible, veo pasar ojos andaluces que abrasan, mantillas blancas que flotan al aire, banderas de gaviotas siguiendo barcos con banderas amarillas y rojas, y voces distintas que resuenan á un tiempo y dicen piropos en español y repiten el rosario y vociferan por la libertad, y campanillas y olés, y requiebros, y expansiones sin fin, que se confunden en inmenso coro muy lejano.

En esos días, una vez pasada la violencia primera del ataque, no hay mejor consuelo para mí que irme á buscar á D. José.

¡Ah! D. José.

No diré su apellido; no daré, no, sus señas... Este hombre sin igual es para mí una mina y me lo reservo para mí solo.

¿Quién es?

No lo sé. Se llama *D. José*, sirve en un almacén de vinos allá muy lejos, al otro lado del agua. Es de *Seviya*, lleva treinta años en París, en la misma casa. De su honradez se hacen lenguas los amos. De su carácter me haré lenguas yo, porque D. José es la nación, es la patria.

Treinta años lleva aquí, como digo, y no habla francés, *porque no quiere*. Viste como sus paisanos de las orillas del Guadalquivir, pantal ajustado, chaqueta corta, sombrero *pavero*. él, que no le vengan con modas ni con cost··

bres, donde está un español está España, y en viéndome entrar por las puertas del almacén se acabó el trabajo; coplitas y cañas.

—D. José, hoy estoy triste.

—¡Naturá!

—Tengo la nostalgia.

—*¡Digo!*

—Vengo á que hablemos en español.

—Y á tomá una cañita.

—Todas las que usted quiera.

—¡Arza parriba!

II

Hombre admirable, que á los 60 años no ha perdido nada de nuestro carácter nacional y que sólo vive lejos de su país porque sus amos, á fuerza de aumentarle sueldos y comisiones, no quieren prescindir de su experiencia ni de su probidad. Una hora de conversación con él, repara las fuerzas morales perdidas. En medio de esta vida vertiginosa con todas sus ventajas y sus inconvenientes, *se descansa del vértigo* como en un oasis, yendo á hablar con D. José, ó *señó José,* como le llamaban en Cádiz.

—D. José, decíamos que estoy triste.

Y D. José, echando por aquella boca, negra como la entrada de una caverna, un gran *jipío:*

Compañerita del *arma*
ya no *pueo* con las penas,
si tú no me las alivias
tengo que morir con *eyas!*

¿Qué *couplets*, ni qué música de Gounod, ni qué tirada de versos de Corneille puede producir en el alma la sacudida que estas tristezas cantadas de mi compatriota?

—Así le pasa *asté*, dice él, y así nos pasa á *toos*, porque la compañerita es la tierra, y si *eya* no *mos* cura, ríase usté de cuentos, en saliendo de España, la guita y *na* más, y este *recao* que no se *l'orvie*.

—Siga usté, D. José, porque me consuelo mucho, sepa usté que á mí me encanta París y su modo de ser, y la civilización que en él se aspira, como si fuera aire necesario al pulmón... pero...

—Si, sí, ya estoy ar cabo, exclama el hombre...

Y después de otro gran *jipío* y sus golpes de nudillos en la mesa:

¡Arrastrando por los suelos
has de venir á buscarme,
con el corazón partío
yorando gotas de sangre!

¡Qué sentío tan grande el de la copla, ¿eh? D. Roque! (Porque señó José tiene la manía gr.

ciosa de llamarle á uno cada vez con un nombre distinto.)

Arrastrando por los suelos...

¿Eh? Así *tenemos de dir* á buscar aquella tierrecita de España, créalo *osté,* porque esto no es tierra. Miste D. *Francisco,* aquí, *de acá* (golpe en el bolsillo del chaleco), y *de acá* (golpe en la cabeza), y de acá (golpe en otra parte), pero *de acá*... (golpes repetidos en el corazón), ¡ni esto! (bocado con chasquido en la uña del dedo pulgar) ¡Como la *tierrecita* no hay nada!

—¡Por la tierra!

—¡Andando!

Nuevas cañas y tercer *jipío:*

Los gitanos de *verdá*
Cuando estrenan un *vestío*
no se lo quitan *der cuerpo*
hasta que le ven rompío.

¡Y *asín* es la querencia por el país, D. Canuto! Hasta que no *meremos,* no se mos quitará el vestío de cariño de la pura verdá de nuestros padres. Vamos, hombre, usté piensa que la *virgen der Pilá* se hubiá establecío aquí?

—¡Ah! Es que la virgen del Pilar no quiso nunca ser francesa.

—Ni la de las Angustias de Graná.

—¡Bah!

—¡Creerá usté que no hay más *virgen* que la suya!

—No nos incomodemos.
—No me toque usté ese punto.
—Ni usté á mí.
—Vaya una cañita.
—Venga.
Jupío prolongadísimo.

¡Por Dios no me *yores*,
por Dios no me *yores*,
que las penitas tan grandes que tengo
no me las redobles!

—¡Eh! Dice D. José, que tiene muy buen gusto con malas palabras, Miste esa *lámina*.

La lámina es una fotografía de cierto cuadro de Bonnat, una *chochara* llorando y un muchacho á los pies.

—¿Qué dice ahí, D. Felipe?

—*Ne pleures pas*

—¡Ajajáy! grita señó José tirándose hacia atrás en la silla. Oiga usté cómo se dise eso pa que sea güeno:

No me *yores* más,
no me *yores* más,
porque si me *yoras*, compañera mía,
me tiro á la *má!*

Y yo... ¿por qué no he confesarlo? Lloré oyendo aquel canto semi-árabe, semi-andal

que resuena en la bodega como si viniese del centro de la tierra:

A toas las veo
no te veo á tí,
el corasonsito ¡ay! po la boquita
se me quié salir.

Por las mañanitas
cuando me levanto,
con las lágrimas de los ojos míos
la cara me lavo.

Tu carita blanca
tus lunares negros,
me paresistes la virgen der Carmen,
la que está en San Telmo.

Cuando yo me muera,
por Dios te lo encargo,
¡que con la cintita de tu pelo negro
que me aten las manos!

¡Ay! En estas horas robadas al trabajo y á la lucha, en la soledad de una intimidad hija del sentimiento de la patria más vivo y más ardiente cuanto más lejos vivimos de ella, el alma se dilata y navego en ondas de armonía que parecen venir del fondo de aquel gran Bétis, cuya corriente fiera cantó el poeta, ó del Ebro rugiente, y al salir de aquella cueva donde la nostalgia ha encontrado momentáneo consuelo, y al recorrer de nuevo las calles de la gran ciu-

dad con sus ómnibus, sus coches fastuosos, su lujo seductor de la vida moderna, resuenan aún en los oídos las últimas endechas del patriota escondido que repiten ecos lejanos... y á manera de improvisación forzosa voy haciendo á mi modo coplas que luego olvido...

Tierrecita mía,
si muero sin verte,
al hoyo escondido en que duermen mis padres,
¡por Dios que me lleven!

París, 1887.

FIN DEL TOMO XVI

INDICE

Páginas.



LISTA DE SUSCRIPTORES

A LAS OBRAS COMPLETAS DE

EUSEBIO BLASCO

Azcárate (D. Gumersindo de).
Ayerbe (Sr. Marqués de).
Alvarez Mariño (D. José).
Aguilera (D. Alberto).
Alba (D. Enrique).
Alhumada (D. Luis de).
Andrade (D. Rafael).
Avilés (D. Benjamín).
Argüelles (Sra. Marquesa de).
Amboage (Sr. Marqués de).
Bretón (D. Tomás)
Bejar (D. Antonio).
Barzanallana (Sr. Marqués de).
Beruete (D. Aureliano de).
Blanco (D. Domingo).
Barceló (D Luis).
Bivona (Sr. Duque de).
Benedicto (D. Manuel).
Carbó (D. Juan).
Cubas (D. José de).
Cánovas del Castillo (D. Jesús).
Cruz (D. Pablo).
Cañabate (D. Joaquín).

Castillo de Chirel (Sr. Barón del).
Canalejas (D. José).
Coello (D. Alonso).
Casa Valencia (Sr. Conde de).
Casa López (Sra. Marquesa de).
Caudilla (Sr. Conde de).
Cendra (D. Manuel).
Delgado (D. Eleuterio).
Dato (D. Eduardo).
España (D. Gabriel).
Escosura (D. Julio de la).
Esteban Collantes (Sr. Conde de).
Estévanez (D. Nicolás).
Echenique (D. Francisco).
Fabra (D. Nilo).
Ferrer (D. Gabriel).
Florez (D. Carlos).
Goyenechea (D. José).
Gómez Rodulfo (D. Angel).
Gómez Renovales (D. Juan).
García Patón (D. Federico).
García del Busto (D. Federico).
Hinojosa (D. Ricardo).
Iturralde (D. Daniel de).
Icaza (D. Francisco A. de).
Igual (Señora Viuda de).
Igual (D. José de).
Jungairin Iriño (D. Manuel).
López Domínguez (D. José).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Larregla (D. Joaquín).
León (D. Luis de).
Longoria (D. Javier).
Loygorri (D. Federico).
Luque (D. Manuel).
Llano y Persi (D. Manuel de).

Llobregat (Sr. Conde de).
Lías (Señora Viuda de).
Muñoz de Baena (D. José).
Muñoz de Baena (D. Luis).
Manzano (D. Valeriano).
Manrique de Lara (D. Manuel).
Madariaga (D. Federico de).
Murga (D. Eduardo).
Maestre (D. Tomás).
Muguiro (D. Javier).
Mailadas (Sr. Conde de).
Muñoz (D. Salvador).
Menéndez y Pelayo (D. Marcelino).
Montefuerte (Sr. Conde de)
Montes Sierra (D. Nicasio).
Navas (Sr. Conde de las).
Navarro y Ledesma (D. Francisco).
Otamendi (D. Miguel).
Puente (D. Joaquín de la).
Pacheco (D. Antonio).
Pérez y Alonso (D. Gaspar).
Perinat (D. Luis).
Potous (D. Juan).
Rancés (D. Emilio.)
Retortillo (D. Alfonso).
Reparaz (Sr. Conde de).
Rica (D. José de la)
Romero y Robledo (D. Francisco).
Romanones (Sr. Conde de).
Ramiranes (Sr. Conde de).
Ruiz de la Prada (D. Manuel).
Rosell Malpica (D. J. Manuel).
Sainz de la Maza (D. Joaquín).
Silvela (D. Francisco).
Soriano Murillo (Sra. Viuda de).
San Luis (Sr. Conde de).

San Román (Sr. Conde de).
Sacro Lirio (Sr. Barón del).
Spottorno (D. Ricardo).
Sánchez Guerra (D. José).
Sotomayor (Sr. Duque de).
Sala (D. Emilio).
Squilache (Sra. Marquesa de).
Tamames (Sr. Duque de).
Santa Coloma (Sra. Condesa Viuda de).
Santo Mauro (Sr. Duque de).
Tolosa Latour (D. Manuel de).
Terán (D. Eduardo).
Tavara (Sr. Marqués de).
Traumann (D. Enrique).
Tovar (Sr. Marqués de).
Ubao (D. Manuel).
Ugarte (D. Javier).
Viñaza (Sr. Conde de la).
Villalobos (D. José).
Vilches (Sr. Conde de).

Ayuntamientos de Zaragoza, Jaca, Bilbao, Cartagena, Cádiz, Valencia, Pontevedra y Badajoz.

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas.

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco*, deberán dirigirse al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.



EN PRENSA

Tomo XVII.. { **Los de mi tiempo.** (Semblanzas. Segunda serie.)

EN PREPARACIÓN

Trabajos inéditos (Versos y prosa), con una carta inédita de D. Ramón de Campoamor.



Se vende este tomo en las principales librerías al precio de **3 pesetas**, en Madrid; **3,50** en provincias, y **4** en el extranjero.

Los pedidos, acompañados de su importe, se dirigirán á la librería editorial de Leopoldo Martínez, Correo, 4, (Teléfono 791), Madrid.

